

WORKING PAPER SERIES

CONTESTED_CITIES

**ESTATALIDADES, POLÍTICAS PÚBLICAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN SU
CONFIGURACIÓN INTERDEPENDIENTE: UNA PERSPECTIVA ANALÍTICA**

Carlos Cowan Ros

WPCC-160007

Septiembre 2016



**ESTATALIDADES, POLÍTICAS PÚBLICAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES
EN SU CONFIGURACIÓN INTERDEPENDIENTE: UNA PERSPECTIVA ANALÍTICA**

Carlos Cowan Ros

Universidad de Buenos Aires

cowanros@agro.uba.ar

ABSTRACT

En el presente documento se revisitan los principales abordajes analíticos de las estatalidades, de las políticas públicas y de los movimientos sociales. Se reflexiona sobre sus potencialidades y limitantes para el análisis de la configuración de cada entidad y de las prácticas políticas. A partir de una perspectiva epistemológica comprometida con interpretar los fenómenos en su dinámica, interdependencia, complejidad y evitar su reificación se propone un abordaje que los interprete en su hacerse cotidiano y como efecto de las interacciones, prácticas y representaciones de los sujetos sociales. Se entiende que de esta manera se fortalece la comprensión de la configuración y dinámica de las estatalidades, de las políticas públicas y de las organizaciones sociales, como así también su interrelación con procesos sociales más amplios.

PALABRAS CLAVE: Estado, Movimientos Sociales, Políticas Públicas, Prácticas Sociales, Antropología de la Política

1. INTRODUCCIÓN¹

Las características de los objetos de análisis de las Ciencias Sociales sumadas a las transformaciones por las que atraviesan las sociedades en las últimas décadas nos interpelan sobre la forma como construimos y problematizamos nuestros objetos de estudio y la conceptualización que realizamos de las categorías analíticas con las que pretendemos abordarlos para comprenderlos en su complejidad. El plan de trabajo que desarrollé durante la estancia de investigación se inscribió en ese desafío teórico-metodológico a través de reflexionar sobre las formas dominantes como se conceptualiza y analiza al estado, a las políticas públicas y a los movimientos sociales e identificar sus limitantes para comprender/explicar los fenómenos empíricos observados en nuestras sociedades a la luz de aportes realizados recientemente desde la Antropología de la Política. Me centré en construir un enfoque analítico de las prácticas *estatales* y *no estatales*² (o prácticas políticas originadas en los movimientos sociales) con vistas a fortalecer su dimensión explicativa de fenómenos que se observan en los ámbitos urbanos y que hacen al objeto de indagación de la *Red Contested Cities* (Red CC de aquí en adelante).

Los interrogantes que guiaron la revisión bibliográfica indagan sobre:

- ¿Cuáles son las principales formas de conceptualizar y abordar el análisis del Estado, las políticas públicas y los movimientos sociales y que potencialidades y limitantes presentan para la comprensión de los fenómenos estudiados por la Red CC?
- ¿Cómo integrar analíticamente lo ideacional (o las representaciones que los sujetos tienen de las “cosas”) y lo institucional (las “cosas” en su funcionamiento observable a través de prácticas regulares y regladas) en la comprensión de las estatalidades³ y de los movimientos sociales?
- ¿Qué nociones y categorías analíticas favorecen el análisis relacional de la dinámica e interacciones que operan entre lo estatal y lo no estatal?
- ¿Cómo articular los procesos de producción de las prácticas estatales (legislación, políticas públicas, normativa, institucionalidades, etc.) y de las prácticas de los miembros de los movimientos sociales en la comprensión de la emergencia e institucionalización de ideas de “derechos” y “ciudadanía”?

Al revisitar ensayos⁴ en los que se reflexiona sobre los giros epistemológicos que operaron en las Ciencias Sociales en las últimas décadas es posible observar algunos desplazamientos de enfoque que son transversales a diferentes disciplinas y objetos de estudio. Existe creciente acuerdo en la

¹ Para la elaboración del presente trabajo se contó también con apoyo del Proyecto UBACyT 147BA (2014-2017) y del Proyecto PICT 2676 (2014-2017).

² A los fines del presente documento, la clasificación y diferenciación entre “prácticas estatales” y “prácticas no estatales” tiene por criterio el ámbito social desde donde se ejerce la práctica. Se optó por ese principio de clasificación por ser accionado frecuentemente por los sujetos sociales y por el relativo poder (simbólico y fáctico) que cargan las prácticas conforme la institucionalidad desde donde se ejercen. Considero ambos tipos de prácticas como “políticas”, pudiendo accionar dicha categoría para referirlas.

³ Por *estatalidades* entiendo al conjunto de agentes, agencias, prácticas, procesos e instituciones que son referenciados en el ámbito estatal. Conforme disertaré más adelante la categoría surge como alternativa a la de Estado, dados los sesgos que esta contiene.

⁴ Un análisis de los giros epistemológicos operados en las Ciencias Sociales con énfasis en la Antropología es realizado por Thomas Eriksen y Finn Nielsen en *A history of Anthropology*. London, Pluto Press: 2001 y por Sherry Ortner en *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject*, 2006, Duke University Press. Sobre las tradiciones y transformaciones interpretativas sobre la acción social se sugiere consultar Jeffrey Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Editorial GEDISA. 2008 [1987].

dificultad de conceptualizar y/o abordar algunas categorías analíticas como entidades estáticas, homogéneas, coherentes, con límites espaciales o sociales objetivos y fijos y que funcionan independientemente del contexto en el que están insertas. Comienza a reconocerse la necesidad de pensar los fenómenos sociales en su complejidad, conteniendo heterogeneidad, ambigüedad y/o contradicciones, con límites flexibles y/o difusos y en continua reconfiguración dada las interacciones con otros elementos. Para dar cuenta de dicho desafío se apuesta a integrar en los abordajes de estudio: i) *análisis procesuales*, orientados a reconocer la dinámica de los fenómenos de estudio por medio de integrar la dimensión temporal para interpretar las configuraciones actuales y sus redefiniciones en el marco de trayectorias históricas; ii) *una perspectiva multiescalar*, para incorporar las interrelaciones entre fenómenos que operan y/o se expresan en diferentes escalas espaciales; iii) *integración agencia-estructura* para comprender tanto las prácticas como las configuraciones sociales en su interdependencia y iv) *una perspectiva desfetichizante* que, para evitar la substancialización de los fenómenos sociales (nociones, procesos, etc.), centra su análisis en la heterogeneidad de relaciones, representaciones y prácticas sociales que intervienen y dinamizan los fenómenos estudiados.

Si bien deseable, la articulación de dichas perspectivas en un abordaje analítico no resulta siempre un emprendimiento simple. La forma como se incorporan los desplazamientos antedichos suele ser dispar, en gran medida condicionada por la formación disciplinar de los/as analistas, la naturaleza del objeto de estudio y las condiciones institucionales bajo las cuales se conduce la pesquisa. No obstante ello, entiendo que cualquier aproximación en ese sentido aporta a una comprensión más profunda de la complejidad de los fenómenos sociales. Es por eso que el abordaje de las estatalidades, de las políticas públicas y de los movimientos sociales que aquí propongo se inscribe en esta perspectiva epistemológica.

Otro aspecto a considerar refiere a que el modo como pensamos y enunciamos las cosas, no sólo interviene en la forma como existen socialmente, sino también nos abren caminos (y nos cierran otros) para su problematización, análisis e intervención. A lo largo del texto también reflexione sobre las potencialidades y limitantes asociadas a algunos términos utilizados en este campo de estudios.

En la construcción del objeto de estudio de la Red CC se observan esfuerzos por incorporar los desafíos teórico-metodológicos arriba enunciados. El problema central indaga sobre los modos como son imaginadas, negociadas y desarrolladas las ciudades contemporáneas por líderes políticos, agentes de gobierno, medios de comunicación y movimientos sociales. Para dar respuesta a ese interrogante se exploran dos dimensiones: las características y el impacto de las políticas neoliberales en los ámbitos urbanos y las prácticas de los *movimientos sociales* de resistencia. El análisis de casos en ciudades de siete países de América Latina y de Europa posibilita implementar una perspectiva comparativa relacional e identificar las características principales de un fenómeno dinámico y global, así como sus particularidades en los ámbitos locales (Red CC, 2012).

A los fines de la presente contribución me interesa reflexionar sobre los posibles lugares que pueden ocupar las *prácticas estatales* (con foco en las instituciones y políticas públicas) y las *no estatales* (con foco en las acciones que emergen de los Movimientos Sociales) en la construcción del objeto de estudio de la Red, tomando a ésta como “caso testigo”, y las potencialidades y limitantes que diferentes conceptualizaciones y abordajes de éstas presentan para la comprensión de los fenómenos de estudio. La perspectiva propuesta se orienta a analizar las prácticas estatales y no estatales en su interdependencia a fin de iluminar aspectos que permanecen eufemizados por otros abordajes analíticos y/o los complementa.

En el proyecto de referencia, las políticas públicas implícitamente son tratadas como la forma como se expresa el modelo neoliberal en la arena estatal, o sea, por medio de las acciones

institucionales o *prácticas estatales*. La mayor parte de los ejes de indagación se dirigen a comprender las características que adquieren dichas políticas en los diferentes ámbitos urbanos y sus impactos en las diferentes dimensiones que hacen a la vida urbana. De este modo, las políticas públicas tienden a ser tratadas como *variable independiente* del problema de estudio, pues se las asume como uno de los factores explicativos (causales) de fenómenos a ser comprendidos (gentrificación, mercados, viviendas, circulación, etc.). Bajo ese tratamiento, su análisis puede restringirse a su caracterización y correspondencia con las características dominantes del modelo neoliberal. Al ser un factor que interviene en la producción de un fenómeno específico, no precisa ser explicado en sí mismo, pues implícitamente se lo asume como la puesta en práctica de un proyecto ideológico (el neoliberal). Basta con demostrar su correspondencia (o relación causal) con el fenómeno analizado.

Si bien posibilita demostrar su incidencia en los procesos observados, esta forma de abordar las políticas públicas presta menor atención a la compleja dinámica sobre las cuales éstas se (re)producen. La génesis y los procesos de resignificación y disputa que operan en las diferentes fases en las que se (re)configuran las políticas públicas no son problematizados. Entiendo que desconsiderar los procesos ambiguos y contradictorios sobre las cuales éstas se instituyen y reconfiguran favorece incurrir en el sesgo de sobrevalorar su coherencia interna, su correspondencia con el modelo hegemónico, el consenso interno entre los agentes que intervienen en su implementación y entre las diferentes agencias estatales, así como subestimar la capacidad de agencia, en términos de resistencia e intervención, de los sujetos sociales, tanto estatales como no estatales.

Relacionado a lo anterior se encuentra el lugar otorgado a las prácticas de los *movimientos sociales* en el objeto de estudio de la Red. Reconocida su posición de “resistencia” al proyecto neoliberal, se indaga sobre cómo imaginan y perciben las transformaciones en la “ciudad neoliberal”, cómo promueven resistencias a las políticas urbanas neoliberales, cómo producen formas alternativas de provisión de vivienda y ocupación y en qué medida éstos están sujetos a la neoliberalización de la esfera pública. Estos ejes de indagación se centran en mapear y analizar otras formas de pensar las ciudades en los tiempos actuales y crear alternativas a las lógicas de exclusión generadas por las políticas neoliberales.

Los posicionamientos ideológicos y su dominancia en cada ámbito social (estatal y movimientos sociales) pareciera llevar a la construcción de dos entidades homogéneas en su interior y disociadas y opuestas: el Estado vs los movimientos sociales. Tal representación disuade pensar e indagar sobre el accionar de quienes participan de los movimientos sociales en la producción de las estatalidades. De hecho, menos tematizado pareciera ser el impacto de las acciones de los miembros de los movimientos sociales, sean planificadas o no, en la propia institucionalidad estatal. Existen menos indagaciones sobre su papel en la producción del Estado (o de las estatalidades) y de las políticas públicas, sea operando desde fuera de las estructuras estatales o, incluso, desde su interior. En contraposición, sí se explicita e indaga sobre el poder que se ejerce desde las instituciones públicas para modelar o influenciar las prácticas y reivindicaciones de los movimientos sociales. Pareciera ponderarse en un solo sentido (Estado → movimientos sociales) la capacidad de influir (ejercicio de poder), siendo menos considerada/explicitada la interdependencia mutua que pudiera existir entre las prácticas de los agentes estatales y las de los miembros de los movimientos sociales, sin desconsiderar que ésta opera en un campo de fuerzas o poder.

Tal vez, se presuponga que la capacidad de agencia de los miembros de los movimientos sociales es más expresiva u objetiva en aquellos espacios no colonizado por las prácticas estatales. Muy probablemente eso resulte de reconocer a los miembros de los movimientos sociales como agentes situados en posiciones subalternas y, en consecuencia, en una correlación de fuerzas

desfavorable para influenciar las instituciones públicas. O, podría considerarse que los miembros de los movimientos sociales al ocupar una posición externa a la institucionalidad estatal estarían al margen de la formulación y ejecución de políticas públicas. Tras esa premisa podría estar movilizándose la idea de Estado como una entidad con límites precisos, que diferencian un “adentro” y un “afuera” y que definen la capacidad de los agentes de incidir en las prácticas estatales; perspectiva coherente con una de las tradiciones académicas sobre el Estado, conforme analizaré más adelante.

Si bien esos presupuestos pueden contener cierta correspondencia con regularidades sociales observadas, entiendo que asumirlos como axiomas o “verdades a priori” sobre las cuales construir nuestros ejes de problematización condiciona la comprensión de los fenómenos bajo estudio. En las últimas dos décadas, diferentes autores/as han realizado aportes para (re)conceptualizar las nociones de *Estado*, *Políticas Públicas* y *Movimientos Sociales* y delinear nuevos abordajes analíticos a partir de ellas. Estas nuevas perspectivas han echado luz sobre la dinámica de los procesos de producción de prácticas estatales y no estatales, de las institucionalidades y modalidades organizativas que derivan de ellas y, especialmente, sobre las imbricadas interacciones entre agentes que operan desde las instituciones públicas y quienes lo hacen desde los movimientos sociales.

A los fines del objeto de estudio de la Red CC, entiendo que un enfoque que aborde las prácticas de los agentes estatales y la de los miembros de los movimientos sociales en su interdependencia contribuirá a la comprensión de la capacidad de las políticas públicas para modelar/condicionar la agenda, representaciones y prácticas de los movimientos sociales, como así también indagar y mapear la capacidad de las diferentes prácticas de los miembros de los movimientos sociales para influir en la producción de las estatalidades. Es decir, pensar la configuración del Estado y de las políticas públicas *vis-á-vis* las prácticas de los miembros de los movimientos sociales. Con esta perspectiva, comprender las interacciones y procesos resultantes en cada ciudad brindarían mayores elementos para, a través de un enfoque comparativo relacional, observar las regularidades y particularidades con las que se expresa el modelo neoliberal en la escala global y en la local.

Un abordaje de esas características precisa integrar analíticamente dos dimensiones: i) la producción de prácticas estatales y ii) la producción de prácticas de los miembros de los movimientos sociales. En la segunda sección, me centraré en la primera dimensión. Reconstruiré brevemente las principales características e inflexiones que ocurrieron en el Siglo XX en torno a la conceptualización y operacionalización de las nociones de *Estado* y *Políticas Públicas*. En la tercera sección, abordaré las principales tradiciones analíticas de los movimientos sociales, focalizando en la complejización y nuevas dimensiones analíticas que se han introducido en las últimas dos décadas. En la última sección, a partir de revisar las teorías sobre estado y movimientos sociales aportaré una breve reflexión sobre las potencialidades analíticas que los nuevos enfoques aportan y las limitantes que persisten para el análisis de objetos de estudio semejantes al de la Red CC.

2. LA CUESTIÓN DEL ESTADO Y EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

En la presente sección realizaré una breve reseña de las principales conceptualizaciones y enfoques sobre el Estado. En el primer apartado, recupero las nociones acuñadas por los clásicos de las Ciencias Sociales, a fin de observar su influencia y las transformaciones que operaron en las teorías que les precedieron. En el segundo apartado, revisito la noción de gobernanza acuñada en la II Postguerra con vistas a poner de relevancia la articulación academia-prácticas políticas y la configuración de una perspectiva que al día de hoy considero hegemónica. En el tercer apartado, analizo algunos desplazamientos que están operando actualmente en el ámbito académico como efecto del Giro interpretativo operado en las Ciencias Sociales.

2.1. La configuración de las Ciencias Sociales y la conceptualización del “Estado”

Junto a la configuración de las Ciencias Sociales la cuestión del *Estado moderno*⁵ ha sido un tema de recurrente reflexión y análisis, siendo fundamentales los aportes de los clásicos en la construcción y redefinición de las perspectivas analíticas que dominaron dicho campo de estudio en el Siglo XX.

En su abordaje de dicha cuestión, Émile Durkheim recuperó la diferenciación entre “sociedad política” y “Estado”, instaurada por los filósofos liberales⁶. A la primera la entendió como el agregado de grupos sociales que integran una sociedad y que están sometidos a la autoridad soberana de un grupo político, el Estado, que no depende de ninguna autoridad superior regularmente constituida. Interpretó al Estado como el órgano más eminente de la sociedad política, constituido por funcionarios calificados para pensar en lugar de la sociedad y dirigir la conducta de los individuos a través de producir e imponer representaciones y voliciones colectivas que comprometen a la colectividad, aunque no sean obra de ésta última. A diferencia de las representaciones sociales (mitos, leyendas religiosas o morales) las representaciones producidas desde el Estado serían más conscientes y reflexivas de sí mismas, de sus causas y de sus metas, producto de las deliberaciones de las que emergen y de los formatos (leyes, normas, etc.) en que son objetivadas. De este modo, interpretó al Estado como el “órgano del pensamiento social”, cuyo fin es crear, instituir y garantizar los derechos individuales, entendidos como constitutivos del bien común (Durkheim, [1912] 2000).

Durkheim reconoció la complejidad de los órganos de gobierno y propuso reservar y acotar la noción de Estado para designar al grupo de decisores políticos y diferenciarlo de los grupos secundarios o “administraciones” que ejecutan las definiciones – las órdenes- de los primeros, pues no estarían capacitados para pensar y actuar en lugar y por cuenta de la sociedad.

Max Weber fue quien propuso la definición de Estado más referenciada en las Ciencias Sociales. Analizó su configuración histórica en Occidente, en el marco de la transición del Mercantilismo al

⁵ Luciano Gruppi observa que existen tres elementos que diferencian al Estado moderno del medieval: i. la autonomía: la soberanía del Estado lo constituye en una autoridad que no depende de ninguna otra, ii. la diferenciación de la sociedad civil y iii. la identificación entre Estado y monarca. En la Edad Media el Estado era patrimonial, es decir era propiedad del monarca, mientras que en el Estado moderno el monarca encarna al Estado (Gruppi, 1980).

⁶ Gruppi observa que John Locke introdujo la distinción entre sociedad política y sociedad civil. Según Locke, en el estado natural –sin Estado- los derechos de los hombres –libertad y propiedad- estarían amenazados. En el marco del “contrato social”, los hombres se juntarían en sociedades políticas y se someterían al poder de un soberano, el Estado, para que sus derechos naturales fueran garantizados. Esta distinción fue retomada por Emmanuel Kant, Benjamin Constant, Charles Tocqueville, Georg Hegel, entre otros, y cuestionada por Jean-Jacques Rousseau (Gruppi, 1980). Este tema será abordado con mayor profundidad en el apartado 3.1.

Capitalismo. Interpretó al Estado como una asociación política y observó que en términos sociológicos estas figuras no podían ser definidas por sus funciones, pues ninguna era exclusiva de una asociación en particular. El único atributo exclusivo del Estado era su legitimidad para ejercer la coacción física. Si bien la fuerza física no es su único medio, sí es su medio específico que lo diferencia de otras asociaciones políticas. En función de ello, definió al *Estado moderno* como “una asociación de dominio de tipo institucional, que en el interior de un territorio ha tratado con éxito de monopolizar la coacción física legítima como instrumento de dominio, y reúne a dicho objeto los medios materiales de explotación en manos de sus directores pero habiendo expropiado para ello a todos los funcionario de clase autónomos, que anteriormente disponían de aquéllos por derecho propio, y colocándose a sí mismo, en lugar de ellos, en la cima suprema” (Weber, [1922] 2002: 1060). En su perspectiva, la legitimidad del monopolio del uso de la violencia física y una lógica de funcionamiento basada en la burocracia profesional (jueces, funcionarios, oficiales, empleados, etc.) y el derecho racional son rasgos distintivos del Estado moderno y a su vez constituirían el marco posible de desarrollo del Capitalismo (Weber, 2002).

Ciertamente la noción de “burocracia” acuñada por Weber para dar cuenta de un tipo de configuración organizativa característica de la empresa capitalista y del Estado, basada en la racionalidad instrumental, en la impersonalidad y en la división y profesionalización del trabajo (Weber, 2000), fue de gran inspiración y retomada por diversos autores/as para analizar la dimensión institucional del Estado.

Entre los clásicos de la tradición marxista destacan los aportes de Karl Marx ([1845] 1974), Fredrick Engel (2006) y Vladimir Lenin (1919). En esta tradición predominó el acento en el carácter histórico y clasista del Estado, al asumirlo como instrumento de cohesión y dominación en el marco de la (re)producción de una formación social específica. El Estado, como institución política, emergería en un momento determinado del desarrollo de las relaciones económicas, que coincidiría con la división de la sociedad en clases sociales, por lo que no sería el Estado el que determina las estructuras económicas, sino lo contrario. En oposición a la filosofía liberal, que ponía en relación al Estado con el interés común de la sociedad - la garantía de las libertades individuales-, en la tradición marxista el Estado fue concebido como un componente de la superestructura social al servicio de intereses de clase. Es la clase dominante, la burguesía, que ejerce el poder estatal en beneficio propio y oprimiendo a otras clases sociales. En el ejercicio de ese poder, el Estado, como aparato institucional, se iría ampliando, especializando y diferenciando del resto de la sociedad. Si bien en la tradición marxista se reprodujo la distinción entre Estado y sociedad civil, se puso en valor su interconexión al reconocer al primero como un reflejo de la segunda.

Más allá de las diferencias conceptuales y de foco, entre estos autores puede observarse cierta convergencia en concebir al Estado como una entidad de control social y dissociada de la sociedad. Con relación a la primera característica, reconocieron el poder ejercido por el Estado en el dominio de la población, para la imposición de un determinado orden social. En consonancia con la tradición liberal, Durkheim y Weber observaron que el objetivo último del Estado era el bienestar común, sin embargo, en la tradición marxista se evidenció la instrumentalización de poder estatal en beneficio de un clase social por sobre las otras. En lo que respecta al ejercicio del poder estatal Weber destacó la violencia física, Durkheim su capacidad de imponer formas de pensar y concebir la realidad (violencia simbólica), en cuanto los teóricos marxistas integraron ambas dimensiones en la comprensión del dominio estatal.

Pensar al Estado como una entidad substantiva, autónoma y situada por encima y por fuera del resto de la Sociedad fue la otra característica en que convergieron los autores antedichos. En cuanto Durkheim optó acotarlo a las elites conductoras del mismo, los otros autores lo expandieron a la totalidad de miembros del complejo institucional estatal.

Durante primera mitad del Siglo XX la teoría marxista tuvo escasa difusión en los ámbitos académicos occidentales, siendo utilizada principalmente por partidos y organizaciones de izquierda en la definición de sus programas políticos. Con la difusión del marxismo en las Ciencias Sociales en la década de 1960, se comenzó a pensar al Estado ya no como una “entidad”, sino como una *arena de disputas* en la que convergían diferentes actores sociales en un campo de fuerzas específico. La publicación y difusión de la obra de Antonio Gramsci inyectó nuevas perspectivas analíticas al reconocer la necesidad de pensar al Estado en su interacción con y como parte de la sociedad civil (2006). Esta premisa fue retomada y profundizada por Louis Althusser y Nicos Poulantzas quienes propusieron interpretar al Estado como una poderosa institución conformada por aparatos de estado (represivos e ideológicos), capaz de definir la distribución de diversos recursos (ideológicos, económicos, políticos, etc.) al interior de la sociedad – poder de estado-, motivo por el cual su conducción es disputada – lucha política- por diferentes grupos sociales. A diferencia de los clásicos marxistas, en esta perspectiva el Estado no se encontraría bajo el control monopólico de la burguesía y, en consecuencia, carecería de la coherencia, cohesión y congruencia que derivaría de esa condición. Se lo asume como la expresión de la lucha de clases, es decir un terreno en donde convergen y disputan los diferentes grupos sociales, siendo controlado parcialmente por la burguesía (Althusser, 1996 y Poulantzas, 2007).

Durante la mayor parte del Siglo XX, las contribuciones hasta aquí enunciadas abonaron de manera dispar a la consolidación de una idea dominante de Estado que se puede encontrar en el sentido común y en el académico. Se lo concibe como una entidad substantiva, diferenciada del resto de la sociedad, conformada por profesionales y con una lógica propia. Se destaca su función en la producción del orden social, por medio del ejercicio de un poder específico y se interpreta su constitución como resultado de procesos históricos específicos. Se cristalizó y dominó la idea del Estado como una entidad que está por encima y por fuera de los individuos que componen una sociedad. La categoría de análisis fundamental fue el “Estado”, siendo menos tematizada la noción de “políticas públicas”. El giro conceptual propuesto por Gramsci, Althusser y Poulantzas demoró en permear el análisis académico, hasta la última década del Siglo.

2.2. Gobernanza: una perspectiva instrumental y racional del accionar estatal

A partir de las proposiciones sobre el Estado propuestas por los autores clásicos, en la segunda mitad del Siglo XX se desdoblaron tradiciones de estudios que abordaron dicha cuestión desde diferentes ángulos y conceptualizaciones. Conforme las estructuras estatales se ampliaron, complejizaron y diferenciaron en su organización y funciones, la noción de “políticas públicas” ganó relevancia para el análisis de las acciones estatales. Entre las perspectivas analíticas más relevantes podrían referenciarse la de *gobernanza* y los enfoques desarrollados por autores marxistas (Gramsci, Althusser, Poulantzas, entre otros). Dada la dominancia que adquirió la primera al naturalizarse en el sentido común de los agentes estatales y de gran parte de la academia occidental y por ser la principal perspectiva con la que discuten los referentes de la perspectiva interpretativa del Estado, en la presente sección me centraré en su caracterización.

La perspectiva de *gobernanza* se inició y difundió bajo la denominación *Estudios de Políticas Públicas* en la década de 1960, en el ámbito académico norteamericano, fundamentalmente en los departamentos e institutos de Ciencias Políticas. Su configuración como perspectiva de análisis de las (buenas prácticas en) políticas públicas estuvo asociada a la revaloración de éstas como instrumentos para la transformación social por las diferentes gestiones de gobierno (Yanow, s/año).

Inspirada en la teoría social de Max Weber, en esta perspectiva se concibe al Estado como una entidad substantiva, que se organiza y divide sus funciones en una estructura de profesionales,

conforme las nociones de *burocracia* y *racionalidad*. Su objeto de indagación se centra en las políticas públicas, entendidas como las acciones llevadas a cabo por el Estado con vistas a resolver problemas sociales. Anclada en una perspectiva normativa, las problemáticas sociales y sus potenciales soluciones son construidas desde una idea universal de “justicia social”, desconsiderándose la arbitrariedad contenida en las acciones estatales. Conforme observan Cris Shore y Susan Wright, el objeto de estudio de la perspectiva de gobernanza estuvo signado por un *abordaje institucional e instrumental* del Estado (Shore y Wright, 1997).

Las políticas públicas son concebidas como entidades objetivas, resultado de decisiones racionales adoptadas por alguna autoridad competente que organiza acciones sobre la base de un conocimiento igualmente racional y experto, con el objeto de resolver problemas o situaciones específicas, a fin de producir resultados –esperablemente- ajustados al diagnóstico que les precede. El trabajo de los políticos consistiría en detectar los problemas sobre los que intervenir, valorar el abanico de respuestas posibles, seleccionar las apropiadas, implementar acciones y, en todo caso, evaluar los resultados para eventualmente reorientarlas (Mudanó, 2013:10).

En esta perspectiva, el análisis de las políticas públicas se enmarca en las teorías de la acción racional y en modelos positivistas del racionalismo, donde los actores económicos persiguen metas con un norte y donde los analistas miden la conveniencia y los efectos de las políticas en lo que respecta a costos y beneficios calculables. Es decir, son analizadas a partir de su eficacia y eficiencia para resolver los problemas identificados, primando una valoración costo-beneficio (Shore y Wright, 1997; Shore, 2010 y Yanow, s/año).

La implementación de políticas suele pensarse como un proceso instrumental y lineal, en sentido arriba (“decisores políticos”) → abajo (“destinatarios”), que se inicia con la definición de las acciones a realizar (instancia legislativa) y terminan en su implementación. Un encadenamiento de fases que empieza con un texto (o una declaración de principios) y finaliza con su conversión en legislación. Posteriormente es traducida a medida que desciende por la cadena de mando de varios niveles administrativos, desde funcionarios del Estado y “burócratas de pie” (Lipsky, 1979 citado por Shore, 2010:28) hasta llegar a su eventual recepción por parte de la gente, la “población objetivo” o “beneficiarios”, asumidos frecuentemente como meros receptores de las acciones definidas por otros. Este tipo de presuposición conlleva la idea de que las políticas públicas actúan como fuerzas externas capaces de modificar y/o modelar las visiones y lógicas de comportamiento de las personas (Shore y Wright, 1997). Se desconoce la agencia de los destinatarios, es decir cómo el sentido práctico y el conocimiento local se ponen en juego en su (re)significación.

Conforme manifiestan varios autores/as, la perspectiva de gobernanza continúa con amplia adscripción, no sólo en las instituciones estatales donde es frecuentemente implementada para evaluar las políticas públicas ejecutadas, sino también en los ámbitos académicos donde predomina una mirada racional o económica de las prácticas sociales.

2.3. El giro interpretacionista: hacia una perspectiva centrada en las prácticas y representaciones estatales

En la última década del Siglo XX se consolidó una nueva perspectiva analítica del Estado y de las políticas públicas, denominada *perspectiva interpretativa*. El principal desplazamiento analítico propuesto consiste en evitar *fetichizar* al Estado y a las prácticas estatales, es decir no asumirlas a priori como entidades substantivas, objetivas y delimitadas, sino analizar y comprender su configuración como resultado de las prácticas cotidianas de los sujetos sociales. Supone un abordaje micro-sociológico, que lejos de pretender constituirse en alternativa a abordajes macro-

sociológicas, aporta y complementa con nuevos elementos a la comprensión de la cuestión estatal.

La noción de fetichismo fue retomada de la de *fetichismo de la mercancía* propuesta por Karl Marx. Por medio de esta, Marx se refería al fenómeno mental por el cual en una sociedad productora de mercancías, éstas aparentan tener una voluntad independiente de sus jefes, es decir fantasmagórica. Es la ocultación de la explotación que son objeto los obreros, al presentarse las mercancías como entidades dotadas de vida propia, de existencia independiente al trabajo que las creó. El resultado del fetichismo es la apariencia de una relación directa entre las cosas y no entre las personas, lo cual significa que las cosas (en este caso, las mercancías) asumirían el papel subjetivo que corresponde a las personas (en este caso, los productores de mercancías) (Marx, 2001). En la analogía realizada en relación al Estado, a veces con las categorías reificación o cosificación, los autores/as remiten al acto (o resultado del acto) de transformar propiedades, relaciones y acciones humanas, en propiedades, relaciones y acciones de cosas producidas por el hombre, es decir “el Estado” o “las políticas públicas”, objetos que se han vuelto independientes (y que son imaginados como originalmente independientes) del hombre y gobiernan su propia existencia. La emergencia de esta perspectiva debe ser comprendida en el marco del giro interpretativo operado en las Ciencias Sociales⁷, la creciente definición del Estado como objeto de estudio en la Antropología y las transformaciones operadas en el contexto de la globalización.

Al revisitar textos de los referentes de esta perspectiva es elocuente la sistemática alusión al artículo *Notes on the difficulty of Studying the State*, de Philip Abrams ([1977] 1988), como punto de inflexión y ruptura con los análisis clásicos del Estado y la perspectiva de gobernanza. Abrams postuló que el Estado, lejos de ser una entidad concreta y substantiva, es decir una realidad material y objetiva que “está por detrás de la máscara de la práctica política”, es una idea, un proyecto ideológico que opera como una “máscara que nos impide ver las prácticas políticas como tales” (Abrams, 1988:58). En tal sentido, observó y cuestionó el error epistemológico en que se incurre al construir al Estado como una unidad de análisis objetiva y material.

Abrams revisó cómo se ha construido la noción de Estado en la Sociología Política y en la tradición marxista. Observó que en ambas perspectivas fue concebido como una agencia política concreta, es decir una estructura externa y por encima al resto de la sociedad, lo que favoreció su reificación en los análisis. Para superar ese sesgo, propuso abordarlo como lo que es: un poder ideológico. Si bien reconoció que esta concepción estuvo presente en la tradición marxista, al concebir al Estado en su ambigüedad - como una “ilusión” y como un órgano impuesto sobre la sociedad-, consideró los autores en sus análisis incurrieron frecuentemente en su fetichización⁸.

Para superar dicho sesgo Abrams propuso analizar relacionadamente dos dimensiones del Estado: la institucional y la simbólica. Para operacionalizar el análisis institucional sugirió recuperar dos categorías analíticas de Ralph Miliband (1969 apud Abrams 1988:82): i) “sistema-estado”, entendido como un complejo de instituciones de control político y ejecutivo y ii) “élite-estado”,

⁷ Por “giro interpretativo” refiero al movimiento epistemológico que a partir de la década de 1960 operó en las diferentes áreas de conocimiento de las Ciencias Sociales con vistas a reconocer e incorporar la dimensión simbólica en el análisis y comprensión de las configuraciones y prácticas sociales. En las últimas décadas del Siglo XX este movimiento logró cristalizarse y consolidarse como dominante a través de perspectivas teóricas que, con diferente intensidad, combinan la dimensión estructural y la simbólica, destacándose entre los autores más referenciados Pierre Bourdieu y Anthony Giddens.

⁸ Abrams observa que si bien Poulantzas reconoció que el Estado es una abstracción, al adoptar una perspectiva explicativa funcional (el Estado como factor de dominación y cohesión social) convirtió las “funciones” en “instituciones”, incurriendo en la cosificación de la categoría. Abrams retoma y convoca a llevar a serio la observación de Engels de que “el Estado se presenta como el primer poder ideológico sobre el hombre y que su propiedad más importante constituye la ilusión del interés común de la sociedad” (Abrams, 1988: 76).

como el conjunto de personas que operan desde esos ámbitos institucionales. La forma en que las agencias estatales y los sujetos se relacionan entre sí y con otros elementos de la sociedad daría lugar a la producción del Estado. En esta dimensión analítica el Estado sería el conjunto de poder político institucionalizado. La dimensión simbólica propuso abordarla a través de la “idea-estado”, interpretada como un proyecto ideológico, factible de ser estudiado en cada contexto histórico a partir de las formas en que es pensado y representado y los modos como se comunica e impone esa representación en la sociedad.

Pierre Bourdieu es otro autor que realizó aportes para superar la cosificación del Estado en su análisis. Observó el sesgo que supone analizarlo a partir de las categorías de clasificación y apreciación de la realidad que se producen en las esferas estatales. Inspirado en Durkheim, reconoció al ámbito estatal como un espacio de producción de categorías de pensamiento, incluidas las referidas al propio Estado. Pensar y/o analizar al Estado a partir de los principios de visión y división que se producen en su seno y sobre sí mismo (problemas sociales, programas, conceptos, categorías clasificatorias, etc.) sólo contribuye a reproducir una imagen del Estado según fue pensado y, en consecuencia, el proyecto ideológico que lo sustenta, pues es una visión conforme a los intereses y a los valores asociados a la posición particular de aquellos que los producen en el universo burocrático. De ello deriva la necesidad de que se aborde su estudio practicando una “duda radical” dirigida a cuestionar todos los presupuestos que están inscriptos en la realidad que se trata de comprender y en el pensamiento mismo del analista, pues constituye el único camino posible para desnaturalizar los efectos de dominación simbólica (imposición de formas de pensamiento) ejercido desde el Estado (1993).

El desafío de *desfetichizar* al Estado tuvo rápida aceptación y actuó como piedra angular para la construcción de nuevas perspectivas analíticas tanto en el análisis del Estado como en el de las políticas públicas. A continuación revisitaré brevemente lo que considero los principales aportes en ambas materias.

2.3.1 *El Estado como prácticas, representaciones y procesos*

Diferentes autores/as cuestionan la asunción del Estado como un objeto conceptual y empírico apriorístico y, en consecuencia, universal, es decir con características semejantes en las diferentes sociedades. Proponen concebirlo no sólo como productor de cultura, sino también como un producto cultural que se (re)configura en el día a día y adquiere su especificidad en cada contexto histórico y social, siendo la noción de “proceso de formación estatal”, acuñada por Corrigan y Sayer (1985), emblemática y retomada por quienes adscriben a este enfoque (Trouillot, 2001; Joseph y Nugent, 2002 [1994], Sharma y Gupta, 2006, entre otros/as).

Existe cierto consenso en que la noción de Estado no puede ser reducida a la de “gobierno” – dimensión institucional-. Se entiende que el Estado es algo más que el complejo institucional, pues al ser también un proyecto ideológico desborda al aparato de gobierno. Conforme observa Trouillot, el Estado no está necesariamente limitado por alguna institución, ni hay institución que pueda encapsularlo completamente (2001). En función de ello se adhiere a la sugerencia de Abrams de integrar analíticamente la dimensión institucional y simbólica para la comprender al Estado en su (re)producción diaria (Corrigan y Sayer, 1985; Sharma y Gupta, 2006; Daas y Poole, 2008). Para viabilizar este enfoque se sugiere relocalizar el foco analítico en la heterogeneidad de representaciones, prácticas y procesos estatales (Corrigan y Sayer, 1985; Shore y Wright, 1997, Abélès, 1997; Trouillot, 2000; Sharma y Gupta, 2006 y Daas y Poole, 2008), restituyendo así la ambigüedad y la contradicción al seno de la estatalidad.

Este abordaje del Estado conlleva dos desafíos teóricos-metodológicos relacionados entre sí: i) desfetichizar su análisis y ii) situar la comprensión de las prácticas y efectos estatales en los procesos que tienen lugar simultáneamente en múltiples escalas.

Desfetichizar la noción y el análisis del Estado conlleva dejar de asumirlo como una cosa externa a la sociedad, es decir una totalidad coherente. A partir del postulado de Antonio Gramsci de pensar a la sociedad civil como integrante del Estado (2006) y de concebir a este último en continua producción, diferentes autores/as convocan a desplazar el foco de análisis de la institucionalidad pública hacia las *redes sociales* que atraviesan y articulan lo que socialmente es pensado como “estatal” y “no estatal”. Conforme observa Mitchell (citado por Sharma y Gupta, 2006) la forma en que se traza la línea que separa al Estado de la sociedad civil resulta de un ejercicio de poder y control social. Esa perspectiva permite poner en evidencia la porosidad y fluidez de los límites de “lo estatal” y aprehender la diversidad de procesos intervinientes en su producción (Corrighan y Sayer, 1985; Palmeira y Heredia, 1997; Joseph y Nugent, 2002, Balbi y Rosato, 2003; Kuschner, 2005; Sharma y Gupta, 2006; Balbi y Boivin, 2008; entre otros/as). A partir de este abordaje, algunos autores/as cuestionan categorías analíticas como la de *campo*, propuesta por Pierre Bourdieu, por circunscribir el análisis a las esferas institucionales, desconsiderando el efecto productor de las mismas que tienen las prácticas de los agentes no estatales (Balbi y Rosato, 2003 y Boivin y Balbi, 2008). Como abordaré en la sección final, esta propuesta y en especial la categoría analítica redes sociales es de utilidad para articular las nociones de *estatalidades* y *movimientos sociales*, por medio de poner en evidencia la interpenetración de sujetos y prácticas sociales.

Sharma y Gupta convocan a abordar la producción cultural del Estado en las *prácticas cotidianas* de las personas. Esto supone aprehender y comprender dialécticamente las prácticas y las representaciones sobre el Estado que poseen los individuos, tanto quienes operan desde agencias estatales como quienes lo hacen desde otros ámbitos, y cómo ello interviene en la definición de sus prácticas y en sus lógicas de vinculación y delimitación de lo que es y no es “estatal”. Las formas en que las personas imaginan al Estado, o mejor dicho a las diferentes estatalidades (poderes, políticas, agencias, sujetos, instituciones, prácticas, etc.) y los sentidos y funciones que les atribuyen son factores intervinientes en la producción de lo estatal y, a su vez, las representaciones que se consagran como dominantes condicionan la forma como las personas perciben y reproducen al Estado.

Veena Das y Deborah Poole privilegian el análisis en los *márgenes del estado*: aquellas instancias en que las leyes y las prácticas estatales son colonizadas por otras formas de regulación que emanan de las necesidades urgentes de las poblaciones y, en consecuencia, se redefine todo el tiempo los modos de gobernar y legislar. En contraposición a las perspectivas centradas en la dimensión institucional, que parten de las prácticas y lenguajes estatales, las autoras proponen pensar la producción del Estado a partir de las prácticas cotidianas de las personas y observar sus efectos en la producción de “lo estatal”. Los márgenes del Estado pueden pensarse de tres formas: i) los espacios físicos en los que el Estado aún no ha penetrado; ii) los espacios, formas y prácticas a través de los cuales continuamente el Estado es experimentado como deshecho en la ilegibilidad de sus propias prácticas, documentos y palabras y iii) como el espacio entre los cuerpos, la ley y la disciplina o biopoder, recuperando la noción acuñada por Michael Foucault. Desde esta perspectiva indagan sobre cómo las prácticas y políticas de vida de los sujetos modelan las prácticas de regulación y disciplinamiento que constituyen lo que se suele llamar “el Estado”. El interés en los márgenes radica en que son espacios de “creatividad”, pues en ellos el (re)hacerse tanto de lo estatal como de lo no estatal se expresa con mayor claridad producto del encuentro de ambos (Daas y Poole, 2008).

Si bien las autoras arriba citadas ponen en valor la agencia de los sujetos en la producción de lo estatal, no desconsideran el campo de fuerzas en la que ese potencial productivo del Estado

opera y el poder que se ejerce desde las instituciones de gobierno. De hecho, la noción de *gubernamentalización* propuesta por Michael Foucault y la de *legibilidad* por James Scott son frecuentemente retomadas para iluminar las prácticas de control gubernamental y las resistencias que se ejercen a las mismas. Michael Foucault propuso la noción de *gubernamentalización* para aprehender el conjunto de instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones, cálculos y tácticas que permiten ejercer esa forma de poder que tiene por blanco principal a la población y que opera en el marco del proceso de racionalización del poder gubernamental que se inicia en la Modernidad (2006). James Scott observó que los saberes, prácticas y lenguajes a través de los cuales las poblaciones ordenan su cotidianidad no siempre son legibles, es decir factibles de ser comprendidos y controlados por los gobiernos. En el marco de los procesos de *gubernamentalización*, desde los estados se implementan técnicas para tornar legibles a la población (clasificable, cuantificable, identificable, localizable, etc.) e intervenir sobre ella (1998). Ambas nociones son de gran utilidad en los análisis que buscan comprender las lógicas a través de las cuales las prácticas estatales formatean el orden social. Sobre este aspecto retornaré en la próxima sección.

En función de lo expuesto, es fácilmente comprensible que des-reificar al “Estado” supone restituírle la heterogeneidad que le es inherente, incluyendo ambigüedades y contradicciones. Hablar en términos de “el Estado” supone una limitante semántica para dar cuenta de un fenómeno complejo, polifacético y polisémico. En primer lugar, porque cuando situado como sujeto de una oración se lo fetichiza al atribuirle propiedades humanas, en términos de desear, planificar, trazar objetivos y ejecutar acciones, además de asignarle la externalidad, autonomía y coherencia anteriormente problematizada. En segundo lugar, porque supone desconocer las ambigüedades y contradicciones que le son inherentes como efecto de la diversidad de representaciones, intereses y prácticas que lo producen cotidianamente. Por último, en el análisis institucional de lo estatal, la heterogeneidad se objetiva en las diferentes agencias en las que se organiza la institucionalidad pública (poderes públicos, ministerios, institutos, etc.) que gozan de relativa autonomía y margen de acción, en el marco de un aparato organizativo jerarquizado. En el caso de los países con sistemas de gobiernos federales o descentralizados el analista fácilmente puede encontrar en una misma unidad espacial agentes vinculados a agencias pertenecientes a diferentes niveles estatales (nacional o federal; provincial, comunal o estatal; local o municipal) interviniendo en el territorio sobre las mismas temáticas. La categoría “Estado” es demasiado restrictiva y homogeneizante para referir la diversidad de agentes, instituciones, prácticas y procesos que encarnan lo estatal. Para corregir ese sesgo, algunos/as autores/as sugieren que el desplazamiento en su concepción debería ir acompañado de un cambio en su escritura, siendo correcto hacerlo en minúscula. Por mi parte, entiendo que la categoría “estatalidades” responde mejor al desafío de corregir ese sesgo semántico, pues da cuenta de las múltiples facetas y heterogeneidad de instituciones, prácticas, procesos y agentes estatales.

Con relación al segundo desafío teórico-metodológico, en el marco de los desplazamientos de escala que operan en la denominada “globalización” se observaron las dificultades de homologar el estudio del Estado a la idea de *estado-nación* y, en consecuencia, circunscribir la escala de análisis a su territorio. La idea de soberanía o autonomía absoluta que acuñaron los clásicos en relación a los estados-nación ha quedado desactualizada con el accionar de entidades internacionales, privadas o paraestatales, que crecientemente ejercen presión y condicionan las prácticas de los estados nacionales. Por otro lado, Scott (1998), Trouillot (2000) y Sharma y Gupta (2006) observan la necesidad de incorporar la dimensión transnacional para comprender los efectos de *gubernamentalización*, pues diferentes organizaciones internacionales paraestatales -bloques o uniones económicas, organismos multilaterales, etc.- y privadas -ONGs- ejercen crecientes funciones regulatorias sobre la población de diferentes países.

La escala local, es decir las prácticas territorializadas, es la contracara espacial de la globalización para la comprensión de la producción de estatalidades. Los estudios de las estatalidades “vistas desde abajo” (Abélès; 1997; Sharma y Gupta, 2006 y Das y Poole, 2008), es decir desde el accionar de los individuos que las (re)producen en el día a día permiten aprehender las prácticas, sentidos y el ejercicio de poder, especialmente para comprender la interacción entre miembros de movimientos sociales y agentes estatales. Conforme lo expuesto anteriormente, entiendo que esta escala analítica gana relevancia con el proceso de descentralización de la gestión del Estado o “municipalización” que adquirió mayor relevancia en la última década.

2.3.2 *La perspectiva interpretativa en las políticas públicas*

El giro interpretativo también generó debates en el estudio de las políticas públicas. La concepción racional, lineal y descendente (“arriba → abajo”) en el proceso de formulación y ejecución de políticas públicas, que circunscribe la capacidad de agencia a los decisores políticos, fue uno de los aspectos problematizados de la perspectiva de gobernanza y motivó a que sus detractores problematicen su sesgo estado-céntrico y burocrático-normativo. Se cuestiona que los autores/as enrolados en esa perspectiva tiendan a restringir en los agentes estatales la capacidad de intervenir en la génesis y ejecución de las políticas públicas. En algunos casos sólo se les reconoce agencia a los decisores políticos, desconsiderándose la capacidad de resignificación de las políticas por parte de los técnicos estatales y de los/as destinatarios/as. También suele desconocerse la influencia que pueden ejercer los ciudadanos/as sobre diferentes esferas estatales y, en consecuencia, en la formulación de políticas públicas a través de sus prácticas políticas, sea de forma individual o por medio de organizaciones sociales (Shore y Wright, 1997; Shore, 2010 y Yanow, s/año).

Otro aspecto tensionado es el supuesto de la unicidad de sentido albergado en las categorías estatales y su asunción por los diferentes agentes. En la perspectiva de gobernanza predomina la idea de la racionalidad e instrumentalidad de las políticas públicas orientadas al “bienestar social”. Al centrar el análisis en su eficacia y eficiencia se desconsidera la arbitrariedad contenida en las mismas, contribuyendo a producir en norma la visión de mundo que las produjo.

Si bien en la perspectiva interpretativa no se desconoce la dimensión instrumental de las políticas públicas, su interés analítico se orienta a identificar la/s visión/es de mundo que intervienen en su producción y las formas en que las personas las reconocen, vivencian y redefinen en sus prácticas cotidianas. Shore y Wright proponen que las políticas públicas pueden ser pensadas como categorías culturales y tecnologías políticas, pues son expresión de cosmovisiones sociales, así como dispositivos de gobierno y control. Es por ello que pueden ser “leídas” de diversas formas: como “textos culturales”, como dispositivos clasificatorios que albergan diversos significados, como narrativas que sirven para justificar o condenar el presente o como dispositivos retóricos y formaciones discursivas que funcionan para empoderar algunos sujetos y silenciar otros (1997).

Otra característica de la perspectiva interpretativa es que propone abordar el análisis de las políticas públicas en términos *procesuales*. En vez de evaluar en términos de eficacia y eficiencia los resultados obtenidos a la luz de los objetivos trazados, se propone analizar el proceso de la producción e implementación de políticas públicas, no como etapas secuenciales, sino como instancias sincrónicas que se encuentran en continua interacción y reconfiguración. Ese dinamismo estaría dado por la convergencia de las acciones e interacciones entre diversos sujetos que actúan desde diferentes ámbitos sociales e institucionales, jerarquizados en un campo de fuerza. Sus acciones derivan de las formas en que piensan los problemas sociales, sus causas y mecanismos de solución, su proyecto ideal de sociedad, así como sus valores y visiones de mundo. De este modo, se pueden captar los acuerdos y desacuerdos, conscientes o inconscientes,

explícitos o implícitos, que operan en el proceso de reivindicación, definición e implementación de políticas públicas. Esto supone abordar el espacio estatal como una arena de disputas donde diferentes agentes convergen para hacer valer lo que definen por sus derechos e imponer su definición de lo que la sociedad debe ser. Posibilita abordar el análisis de las políticas públicas en continua redefinición y contradicción como efecto de las luchas que los diferentes sujetos llevan a cabo. Conforme observa Mundano (2013), se busca trascender las compartimentaciones institucionales de los campos de intervención y restituir a las problemáticas específicas abordadas el juego entre los micro-procesos simbólicos y prácticos, así como las relaciones de fuerza política, burocráticas y económicas en las que se insertan las políticas públicas y que las determinan en parte.

Shore (2010) observa que uno de los aspectos que tornan relevante el estudio de las políticas públicas es que éstas reflejan maneras de pensar sobre el mundo y cómo actuar en él. Contienen modelos implícitos – y algunas veces explícitos- de una sociedad y de visiones de cómo los individuos deben relacionarse con la sociedad y los unos con los otros. En función de ello, las políticas algunas veces crean nuevos conjuntos de relaciones entre individuos, grupos o naciones. Otro aspecto clave es la manera en que inciden en la construcción de nuevas categorías del individuo y de la subjetividad. Como ilustra mucha de la literatura sobre la gubernamentalidad, el gobierno moderno se apoya cada vez más en “técnicas del yo”, esto es, en tecnologías y métodos que implantan las normas y las prácticas por medio de las cuales los individuos se gobernarán y administrarán a sí mismos. El arte del gobierno moderno se ha convertido en el arte de gobernar desde la distancia, inculcando los hábitos de autogestión y la autorregulación.

Pierre Muller ofrece un abordaje para operacionalizar el análisis de los marcos interpretativos sobre los que se configuran las políticas públicas. Propone la noción de *referencial* para aprehender la representación de la sociedad en general –*referencial global*- o de una parte de la misma –*referencial sectorial*- sobre la cual se desea intervenir. En el referencial se articulan cuatro niveles de percepción: i) *valores*, ii) *normas*, iii) *algoritmos*, son relaciones causales (presupuestos) de los que derivan la percepción de los problemas y de las soluciones, e iv) *imágenes* o representaciones. El referencial global es una representación general de la sociedad alrededor de la cual van a ordenarse y jerarquizarse las diferentes representaciones sectoriales, sin por ello implicar una representación coherente del mundo (Muller, 2002).

Dvora Yanow (s/año) ofrece algunos elementos para analizar los mecanismos de resignificación que operan en el proceso de implementación de las políticas públicas producto del encuentro de diferentes sujetos sociales. Propone tomar seriamente el análisis del lenguaje de las políticas públicas, pues es una de las formas a través de las cuales éstas producen sentidos y son comunicado. Siguiendo a Shore y Wright, sugiere abordar el análisis de políticas públicas como textos que son leídos por la diversidad de agentes, estatales y no estatales. Esto supone focalizar el análisis en el lenguaje, en los actos y en los objetos, ya que los tres están entrelazados e involucran modos de significación. Los significados deben ser analizados tanto en su expresión como en su comunicación, pues por estas vías se produce la configuración y jerarquización de significados relacionados a las políticas públicas. Esto supone recuperar el “saber local” para comprender las formas en que los sujetos sociales (re)interpretan las políticas públicas, las vivencian y actúan en relación a ellas.

A los fines de evitar encapsular el análisis de las políticas públicas en cada escala analítica, entiendo pertinente recurrir a la noción de mediación social, derivada de *cultural broker* propuesta por Eric Wolf (1956) para pensar las interacciones sociales que operaban a través de redes que articulaban a líderes comunitarios con agentes del Estado nacional. Delma Neves propone pensar a los mediadores sociales como aquellos agentes que a través de las interacciones que establecen con individuos que operan en esferas sociales diferenciadas, actúan tanto en su interconexión por medio de la circulación de bienes –materiales y/o simbólicos- como en la (re)producción de

representaciones de los mundos sociales que interconectan (Neves, 2008). Entiendo que esta noción es complementaria de red social pues ilumina nodos claves de éstas en la producción y difusión de sentidos y es útil para aprehender las interacciones que operan entre diferentes escalas analíticas (global, nacional y local) sin perder de vista que éstas ocurren entre personas, que intervienen a través de sus lógicas de acción y sus visiones de mundo en la producción de los fenómenos observados (producción del estado, políticas públicas, etc.).

Por último, entre los referentes revisitados que adhieren a esta perspectiva existe consenso sobre la pertinencia del método etnográfico para captar las dimensiones que esta perspectiva pone en valor. El enfoque etnográfico es una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros. Se orienta a describir los marcos de interpretación dentro de los cuales los actores clasifican el comportamiento y le atribuyen sentido y posibilita aprehender las distancias existentes entre lo que la gente hace y dice que hace, siendo adecuado para comprender la complejidad del mundo social, conteniendo sus contradicciones y ambigüedades (Guber, 2001). Rosato y Balbi observan que el análisis etnográfico resulta de utilidad para aprehender los significados que las personas otorgan a diferentes categorías abstractas (políticas, Estado, gobierno, etc.) y los límites que construyen (re)definiendo ámbitos, espacios y/o universos sociales que se entrecruzan formando una trama “densa” que representa el contexto dentro del cual los hechos que se analizan pueden ser comprendidos (2003).

3. MOVIMIENTOS SOCIALES: ACCIÓN COLECTIVA CONTENCIOSA Y LA INTERACCIÓN CON LAS ESTATALIDADES

En la segunda mitad del Siglo XX, la cuestión de la acción colectiva contenciosa⁹ o, más específicamente, las prácticas políticas canalizadas por fuera de las instituciones políticas formales (elecciones, partidos políticos, representantes y funcionarios políticos, etc.) ocuparon nuevamente un lugar privilegiado en las Ciencias Sociales para interpretar los conflictos sociales y su relación con transformaciones de nuestras sociedades. El repertorio de conceptos y perspectivas analíticas que se desplegaron sobre la temática no estuvieron exentos de los debates y cuestionamientos de que fueron objeto las perspectivas analíticas de lo estatal. En parte, eso se debió a la interdependencia de las perspectivas teóricas de ambas temáticas, dada las imbricaciones observadas en lo empírico, y a la propia hegemonía y decadencia de las diferentes tradiciones teóricas – marxismo, estructuralismo, individualismo metodológico, entre otras- en las que éstas se enmarcaban.

En el marco de la hegemonía del pensamiento cosificante de la noción de estado, dos conceptos adquirieron renovada vigencia para referir aquello que se encontraba por fuera de su delimitación: *sociedad civil* y *movimientos sociales*. En el siguiente apartado, me centraré brevemente en evidenciar la escasa precisión conceptual que existe en torno a la primera noción, a pesar de su extensa difusión en el ámbito académico y fundamentalmente en el de las políticas públicas, y las limitaciones que supone como herramienta conceptual para el análisis científico. En el segundo apartado, visitaré los principales paradigmas sobre los movimientos sociales. En el tercer apartado, observaré los esfuerzos que se están realizando hacia la integración de los aportes de los diferentes paradigmas en una perspectiva analítica holística. Focalizaré en algunos avances que autores/as enmarcados/as en la Antropología de la Política están realizando en la interpretación

⁹ Por acción colectiva contenciosa entiendo a las prácticas sociales colectivas de disputa y confrontación desplegadas por gente que carece de acceso regular a las instituciones y, en consecuencia, opera por fuera de éstas.

de la identidad colectiva y de las emociones para comprender las prácticas políticas y su papel en la configuración de la acción colectiva.

3.1. Sociedad Civil, una categoría residual

La noción de *sociedad civil* posee una larga tradición en el pensamiento social, pues se inicia con el pensamiento liberal en el Siglo XVII. Sin embargo, lejos de haberse avanzado en el consenso sobre su significado y en la producción de un conocimiento acumulativo o teoría sobre la cuestión, en la actualidad coexisten diversas nociones que refieren y/o focalizan en diferentes aspectos, incluso contradictorios. Emerge como dominante la idea de que sociedad civil es todo lo que no forma parte del estado, es decir, una categoría residual que tiene por referencia y se construye en oposición a una noción reificada de estado, incurriendo en ese mismo sesgo teórico. Pero, vayamos a sus orígenes para entender su trayectoria conceptual.

Norberto Bobbio¹⁰ observa que dicha noción se origina conjuntamente con la doctrina *jusnaturalista*¹¹. En la perspectiva de Thomas Hobbes, uno de sus precursores, el Estado o sociedad civil nace por contraste a un “estado primitivo de la humanidad”, en el que los hombres vivían sin otra ley que la natural. Esta idea de sociedad civil asociada a la de una sociedad con estado (y en oposición a una sociedad sin Estado o primitiva) fue retomada y perpetuada por John Locke y Immanuel Kant, entre otros. En el marco del pensamiento evolucionista que ha dominado las ciencias occidentales, la noción *sociedad civil* también adquirió la acepción de “sociedad civilizada”, al contraponer las lógicas de organización de las sociedades occidentales a las no occidentales.

Georg Hegel se encontraría entre los primeros que instaura una diferenciación entre *estado* y *sociedad civil*. Ésta sería un elemento intermedio entre la familia y el estado, siendo un momento preliminar de éste último. Lo que le faltaría a la sociedad civil para ser estado sería la organicidad. Con esta fórmula, Hegel, en oposición a la doctrina jusnaturalista, quería contestar el supuesto del contrato social como una asociación libre y voluntaria de los individuos.

En la tradición marxista también está presente la distinción entre sociedad civil y estado. Karl Marx moviliza la noción de sociedad civil en la acepción de sociedad burguesa. En su interpretación operaría un proceso por el cual la sociedad civil se emancipa del estado (emancipación política), que impide su libre desarrollo, y se divide en individuos que se declaran libres e iguales ante el estado. Marx hace de la sociedad civil el espacio donde tienen lugar las relaciones económicas de cada sociedad, o sea, las relaciones que caracterizan la estructura económica de cada sociedad.

Según Bobbio, la conceptualización realizada por Antonio Gramsci, si bien diferencia *sociedad política* (o estado) de *sociedad civil* (o conjunto de organismos denominados vulgarmente privados), no es convergente con la realizada por Karl Marx. Para Gramsci la sociedad civil sería el espacio de la producción de la hegemonía que se ejerce a través del Estado. Si para Marx, la sociedad civil, en cuanto espacio donde se expresan las relaciones económicas, corresponde a la *estructura*

¹⁰ En la reconstrucción de la trayectoria conceptual de la noción sociedad civil retomo la interpretación y reflexión realizada por Norberto Bobbio (1998) sobre dicha cuestión.

¹¹ Doctrina según la cual existe y puede ser conocido un “derecho natural” -*ius naturale*-, o sea, un sistema de normas de conducta intersubjetiva diferente del sistema constituido por las normas fijadas por el Estado - derecho positivo-. Este derecho natural tiene validez en sí, es anterior y superior al derecho positivo y en caso de conflicto es el que debe prevalecer. El Jusnaturalismo es una doctrina antitética a la del derecho positivo, que sólo reconoce la existencia de un derecho, el establecido por el Estado, cuya validez es independiente de cualquier referencia a valores éticos (Bobbio, 1998: 665).

(complejo de relaciones económicas), para Gramsci, sería un momento de la *superestructura* (complejo de relaciones ideológico-culturales), el momento de la hegemonía que se diferencia del momento del dominio puro.

En las últimas décadas del Siglo XX, la noción sociedad civil adquirió una renovada vigencia fundamentalmente entre pensadores y activistas sociales – representantes de movimientos sociales, ONGs y de agencias multilaterales internacionales- en el marco de los gobiernos autoritarios de orientación capitalista -en América Latina, África y Asia- y socialista -principalmente en Europa del Este-. Con frecuencia se moviliza la noción para referir a aquellos sectores sociales no integrantes de los gobiernos y reivindicar sus derechos a la libre expresión, asociación y ejercicio político. Las agencias multilaterales de desarrollo tuvieron un papel destacable en la difusión de esta noción, en el contexto de la implementación de políticas articuladas al modelo neoliberal. Sociedad civil se presentó como una noción “técnica”, es decir presuntamente despojada de ideología política, y funcional al fortalecimiento de la práctica de diferentes actores sociales, especialmente en aquellas funciones hasta el momento realizadas por las agencias estatales. Apuntalar a la sociedad civil suponía la consolidación de la democracia liberal y de los derechos civiles asociados a ésta, así como al control y reducción del propio Estado (Chandoke, 2010: 175-184).

De lo expuesto, observo que sociedad civil se constituyó en una categoría residual que pasó a referir todo lo que no es estado o algunos sectores no estatales conforme la perspectiva y el proyecto político de referencia. Con ese mismo sesgo normativo fue retomada en el ámbito académico siendo más funcional a discursos ideológicos que análisis interpretativos y críticos de la realidad social. En la actualidad, lejos de disponer de una teoría sobre la sociedad civil, sólo contamos con una noción dirigida a identificar actores sociales para diferenciarlos de los agentes estatales, siendo variable el recorte de los sujetos incluidos, según el objeto de estudio o definición normativa de dicha noción (movimientos sociales, ONGs, la sociedad toda, etc.). En tal sentido, entiendo que es más fructífero el estado actual de las teorías sobre los movimientos sociales, contemplando las rupturas y giros analíticos que están operando en las mismas.

3.2. Movimientos sociales: la acción colectiva en la producción de lo social

La cuestión de los movimientos sociales ha ocupado una parte sustancial del pensamiento social, siendo extensa la bibliografía. Su estudio se ha desdoblado en múltiples perspectivas analíticas cada una focalizada en aspectos específicos del fenómeno empírico, y referenciadas en tradiciones teóricas particulares. En la actualidad, existe cierto consenso entre los referentes sobre la necesidad de integrar las diferentes dimensiones tematizadas por cada corriente en un modelo analítico integral. En el presente apartado, lejos de pretender abordar en profundidad cada perspectiva teórica, me centraré en identificar sus principales líneas de indagación, tradición teórica a la que adscriben, nociones centrales, foco y dimensiones analíticas con el fin de recuperar los elementos que actualmente están siendo articulados en la construcción de una perspectiva holística.

3.2.1 Antecedentes en la construcción de movimientos sociales como categoría analítica

Los pensadores marxistas son unos de los primeros que tematizaron la cuestión de los movimientos sociales, referenciándolos como organizaciones revolucionarias, de corte sindical o

partidario¹². En esta tradición dominó una perspectiva fundamentalmente práctica o aplicada del análisis social, pues se pensaba a las organizaciones sociales como instrumentos eficaces para catalizar el proceso revolucionario. Jeffrey Alexander (1998) observa que los pensadores marxistas, lejos de reflexionar como científicos sociales desvinculados de su objeto de estudio, lo hicieron como dirigentes de los movimientos sociales comprometidos con el diseño y ejecución de un programa revolucionario. Sumar la adhesión de las masas y tomar “el poder del Estado” formaban parte de su estrategia para promover transformaciones sociales orientadas a la distribución de bienes. *¿Cómo promover ese proceso?* Fue la pregunta que trascendió y articuló sus reflexiones.

Para Alain Touraine en el abordaje marxista de los movimientos sociales -considerado el modelo clásico- dominó un materialismo ontológico y un realismo epistemológico. Las revueltas y revoluciones que tuvieron lugar desde la Revolución Francesa en Occidente fueron sus casos empíricos de reflexión. Dado el carácter teleológico e instrumental de su pensamiento, sus interpretaciones estuvieron estrechamente vinculadas a las tácticas y estrategias más eficientes para el control del poder -racionalismo-, siendo la violencia un componente recurrente de éstas. La concepción materialista supuso otro de sus trazos y sesgos distintivos al concebir que cualquier posibilidad de transformación social estuviera supeditada a la transformación de las relaciones económicas. La subjetividad de los sujetos, así como las prácticas y transformaciones que operaban en campos diferentes al económico no eran contempladas o priorizadas en los análisis, pues tarde o temprano acabarían canalizándose a través de luchas económicas. (Touraine, 1984: 38, citado por Alexander, 1998). Las contradicciones económicas originadas en la estructura de relaciones sociales capitalistas explicaba la causa, el porqué, de la emergencia de los movimientos sociales. Ante estas condiciones externas, los sujetos sociales actuaban estratégicamente, es decir, racionalmente, tratando de maximizar sus intereses minimizando costos.

Un modelo interpretativo radicalmente opuesto al anterior fue desarrollado por los *teóricos comportamentalistas* norteamericanos -*behaviorist*- ante la necesidad de explicar la ola de protestas sociales que se desplegó en EEUU a partir de la década de 1960, en torno a la desigualdad racial, al feminismo, a la carrera nuclear, a la falta de derechos civiles, la invasión norteamericana de Vietnam, entre otras cuestiones. Esta nueva modalidad de organización y protesta social, ya no planteaba “tomar el poder del Estado”, sino constituirse en un grupo de presión para influir en su configuración, fundamentalmente por medio de cambiar instituciones (leyes, representación de grupos sociales minoritarios, etc.).

El pensamiento binario capitalismo vs comunismo que se impuso durante la Guerra Fría y la consagración como idea hegemónica en Occidente de que el primero representaba la libertad y el bienestar, en cuanto el segundo la opresión y las privaciones, enfrentó ante un dilema a los pensadores sociales. *¿Por qué la gente se suma a participar a través de acciones colectivas contenciosas en los países considerados “más desarrollados”?* La irracionalidad de la acción social de los individuos cuando son absorbidos en prácticas colectivas de masa fue el recurso explicativo al que recurrieron. La acción social individual era pensada como teleológica y racional, en cuanto la colectiva como absorbida por pasiones y emociones (ira, miedo, enojo, etc.), era considerada irracional. Así, se articulaba la dimensión social y la psicológica para explicar una actitud colectiva que interpelaba las definiciones ideológicas hegemónicas. Pero, como observan Goodwin, Jasper y Polletta, si bien se reconoció e incluyó la dimensión emocional como variable explicativa de la acción

¹² Alexander observa que tanto Max Weber como Emile Durkheim no abordaron de manera sistemática a los movimientos sociales y cuando se refirieron a ellos fue de modo peyorativo o pesimista en cuanto su impacto en la transformación social (1998).

colectiva – dimensión que volverá a ser revalorada cuatro décadas después-, fue para patologizar y, en consecuencia, deslegitimar la protesta social (2000).

Los dos paradigmas esbozados arriba pensaron a los movimientos sociales desde la práctica colectiva, pero desde tradiciones teóricas opuestas. En cuanto el marxista ponderó la racionalidad de ésta a partir de armonizar fines y medios, los comportamentalistas colocaron su foco en la irracionalidad y emotividad de ésta, desconsiderando la persecución de fines. Sin embargo, pareciera existir un elemento común en ambas perspectivas: las definiciones ideológicas que condicionaron los marcos conceptuales a partir de los cuales interpretar la realidad actuaron como corsé analítico, delegando al plano de lo irracional o inconsciente las prácticas sociales que contradecían el sentido común del analista: “alienación” la forma como los marxistas interpretaron la no participación en acciones revolucionarias e irracionalidad emotiva como los comportamentalistas interpretaron el involucramiento en acciones contenciosas.

3.2.2 Perspectivas teóricas en la II Postguerra: cómo y por qué emergen los movimientos sociales

En la década de 1960, emergieron en la academia norteamericana y en la europea nuevas perspectivas analíticas para explicar la persistente ola de protesta social. La intencionalidad o finalidad de la acción colectiva, en clara oposición a los enfoques comportamentalistas, fue la premisa común a sus modelos analíticos. A través de sus análisis, pretendieron evidenciar el sentido de la acción colectiva contenciosa, sea a través de referenciarlo en aspectos estructurales o en las motivaciones o intereses individuales.

Los/as autores/as revisitados/as coinciden en que el cambio paradigmático sobre el abordaje de la cuestión estuvo signado por la emergencia concomitante de diferentes perspectivas que situaron su objeto analítico en niveles analíticos opuestos: microsociales (Teoría de los juegos, entre otros) y macrosociales (Movilización de Recursos, Proceso político y Nuevos Movimientos Sociales, entre otros). A seguir, esbozaré las principales premisas y elementos analíticos de estos abordajes.

Perspectivas microsociológicas

El abordaje analítico microsociales de los movimientos sociales comenzó a configurarse a partir de la publicación de *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de los grupos* (1965) de Mancur Olson. En esta obra el autor desarrolla la Teoría de los Juegos, aplicando los supuestos del comportamiento racional de la microeconomía a la acción colectiva. Asume a la acción social, tanto la individual como la colectiva, como teleológica (motivada por fines conscientes y objetivos) y racional, en el sentido que los individuos obran maximizando beneficios y minimizando costos. El interés individual es el que guía y configura la acción colectiva; no el altruismo, es decir el sacrificio individual en pro de intereses colectivos. Dadas estas premisas emerge un dilema: si las personas se involucrarán en prácticas y ámbitos colectivos solo si acceden a concretar metas individuales que no alcanzarían si no participaran, *por qué se involucrarían en movimientos de masas cuando pueden apropiarse de los beneficios que derivan de sus luchas y reivindicaciones sin invertir tiempo y energía en dichas acciones*. Olson observó que compartir intereses comunes con miembros de un grupo no es suficiente para que las personas se involucren en la acción colectiva. Éstas no están seguras de que su participación pueda conducir a concretar sus metas y, por otro lado, saben que pueden gozar de los beneficios conseguidos por el grupo sin involucrarse, éste sería el accionar de los denominados *free riders*. Las personas se involucrarán en acciones colectivas en la concreción de metas individuales, sólo cuando haya incentivos selectivos – recompensas- para aquellos que participan y sanciones para aquellos que se mantengan al margen.

Conforme observa Jasper (2012) un aspecto destacable de esta perspectiva es el reconocimiento y valoración de que los movimientos sociales están constituidos por individuos y sus interacciones, sin embargo la reducción de la acción social a su plano consciente y racional le restó potencialidad interpretativa y explicativa. Sobre este aspecto retornaré más adelante.

Perspectivas macrosociológicas norteamericanas

Entre las perspectivas macrosociológicas norteamericanas destacan la “movilización de recursos” y el “proceso político”.

John McCarthy y Mayer Zald (1977) son reconocidos como los referentes de la perspectiva de *Movilización de Recursos*. Es considerada una perspectiva estructural, caracterizada por su foco en comprender la lógica estratégica de la acción colectiva a partir de la cual los dirigentes movilizan recursos materiales y simbólicos disponibles (dinero, vinculaciones con la media, autoridades, otros partidos y organizaciones, etc.) para sumar adhesiones y constituirse en un grupo de presión en pro de sus objetivos, es decir una lógica racional de maximización de beneficios. Ambos autores ofrecen un marco conceptual operacionalizado para abordar el análisis de los movimientos sociales, sin embargo fueron explícitos en que el modelo propuesto surgía del análisis de prácticas y lógicas de acción de los movimientos sociales norteamericanos, pudiéndose no adaptarse a otras realidades (McCarthy y Zald, 1977). *¿Cómo surgen los movimientos sociales?* Es decir, a través de qué acciones colectivas, interpretadas por medio de las tácticas y estrategias, fue el foco analítico propuesto.

El interés en la movilización de recursos para comprender la emergencia de los movimientos sociales, surge frente a la disconformidad de las explicaciones previas sobre este fenómeno. En la academia norteamericana, algunos autores (Gurr, Turner and Killian y Smelser) sostenían que reclamos compartidos y creencias generalizadas sobre las causas de las privaciones (ideologías) eran condiciones para la emergencia de movimientos sociales. Sin embargo, McCarthy y Zald observaban que en varios casos empíricos esas precondiciones por sí mismas no explicaban la emergencia de movimientos sociales. Entendían que el descontento y los reclamos eran comunes a todas las sociedades; sólo emergían movimientos sociales cuando los dirigentes sabían definirlos, crearlos y/o manipularlos (1977: 1215). A partir de recuperar el dilema postulado por Olson y el principio de la acción racional, propusieron un modelo teórico orientado a explicar la acción colectiva a partir de comprender la selección de incentivos, los mecanismos de reducción de costos y la distribución de beneficios implementados por los dirigentes para sumar adherentes y conducir acciones colectivas que lograsen los fines perseguidos. Las estrategias de los dirigentes, si bien diferentes en cada contexto, tenían por denominador común sumar adhesiones por medio de incorporar activistas, neutralizar y/o transformar en simpatizantes al público de masa y a las elites.

Un aporte sustancial de estos autores es la diferenciaron del concepto *movimiento social de organizaciones del movimiento social*. El primero lo definieron como “un conjunto de opiniones y creencias populares que representan preferencias para cambiar algunos elementos de la estructura social y/o recompensar la distribución en una sociedad”. He aquí cómo integran la dimensión macrosocial en su perspectiva. El segundo, es definido como un complejo organizacional que identifica sus metas con las preferencias de un movimiento social (o un contramovimiento) y se orienta a concretar dichas metas” (1977: 1218). También diferenciaron las posiciones de los agentes según su grado de adhesión e involucramiento en las acciones y metas de las organizaciones del movimiento social: adherentes (comparten las creencias y metas del movimiento social), miembros (además de compartir creencias y metas proveen recursos), oponentes (no comparten metas). Por mi parte, entiendo que organización del movimiento social y la diferenciación de sujetos sociales integran en la perspectiva la dimensión meso -al analizar

organizaciones sociales- e, incluso, la micro -las prácticas sociales de individuos-. Si bien los autores/as revisitados categorizan a esta perspectiva como macrosocial o estructural, entiendo que la misma posibilita integrar diferentes niveles analíticos y articular factores estructurales e individuales en la construcción de su explicación. Como analizaré más adelante, su debilidad radica en aplanar la acción social a una única dimensión, la consciente y racional, desconsiderando otros móviles intervinientes.

El otro paradigma de referencia norteamericano es el *Proceso Político*. Algunos autores atribuyen a la publicación de *La Vendée* (1964), de Charles Tilly, el hito a partir del cual comenzó a configurarse. Esta perspectiva centró su foco en comprender las circunstancias en que surgen los movimientos sociales. Desde un abordaje macrosociológico, sus referentes se centran en variables estructurales, fundamentalmente cambios vinculados a las instituciones políticas, que generarían condiciones para que los activistas lleven a cabo acciones colectivas reivindicativas. Es decir, la existencia de oportunidades políticas explicaría *por qué emergen los movimientos sociales*. Éstas emergerían como resultado de variaciones en las diferentes dimensiones del sistema político, fundamentalmente por cambios en la alineación de los grupos hegemónico de poder (apertura del sistema político, inestabilidad de las alianzas entre élites, disminución de la represión del Estado, entre otras).

Si bien los referentes de esta perspectiva asumen que retomaron de los teóricos de la movilización de recursos la atención otorgada a los procesos organizativos, se distanciaron de éstos en la sobrevaloración de las decisiones estratégicas por medio de reconocer y ponderar la influencia de factores externos. También se diferenciaron a través de la insistencia en el dinamismo, la interacción estratégica y la respuesta al entorno político. Los trabajos históricos sobre el proceso político generaron investigaciones acerca de las formas de reivindicación que la gente utilizaba en situaciones reales - el repertorio de la contienda política-. Éstos representaban las formas culturalmente codificadas que tiene la gente que interactúa en la contienda política. Son invariablemente más limitadas que la totalidad de formas hipotéticas que podrían utilizar o las que otros podrían emplear en circunstancias y períodos de la historia diferentes (McAdam, et al. 2005: 17).

Sydney Tarrow, otro de los referentes de esta perspectiva, en una de sus publicaciones clásicas, *Power in movement*, propuso que los movimientos sociales surgen cuando se dan las oportunidades políticas para la intervención de agentes sociales que normalmente carecen de ellas. Estos movimientos atraen a la gente a la acción colectiva por medio de repertorios conocidos de enfrentamiento e introducen innovaciones en torno a sus márgenes. En su base se encuentran las redes sociales y los símbolos culturales a través de los cuales se estructuran las relaciones sociales. Cuanto más densas las primeras más familiares los segundos, tanto más probable será que los movimientos se generalicen y perduren (1997).

Los referentes de esta perspectiva definieron *movimientos sociales* como “desafíos colectivos (continuados en el tiempo) planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes las autoridades” (Tarrow, 1997: 21)¹³.

La *acción colectiva contenciosa* fue considerada la característica distintiva de los movimientos sociales y un recurso instrumentalizado por los dirigentes para explotar las oportunidades políticas, crear identidades colectivas, agrupar a la gente en organizaciones y movilizarlas contra adversarios más

¹³ La definición de Tilly es convergente a la de Tarrow al proponer que movimientos sociales es “una serie de demandas o desafíos a los detentores del poder en nombre de una categoría social que carece de una posición política estable” (Tilly, 1985: 736).

poderos. A diferencia de otros grupos de interés, los movimientos sociales carecen de otros recursos – dinero, acceso al Estado, organización, etc.- por lo que sus acciones acumulativas se organizan en torno a la acción colectiva. En la base de las acciones colectivas se encuentran intereses y valores comunes (Tarrow, 1997: 20-22). Ante el dilema planteado por Olson, Tarrow observó que “los cambios en la estructura de las oportunidades políticas crean incentivos para las acciones colectivas. La magnitud y duración de las mismas dependen de la movilización de la gente a través de las redes sociales y en torno a símbolos identificables extraídos de marcos culturales de significado” (1997: 25).

Al igual que en la tradición marxista, el Estado fue visto como objeto de la acción de los activistas. Si bien aspectos microsociales y relacionados a la subjetividad de los actores (identidades, emociones, etc.) fueron reconocidos aunque poco tematizados, subyació una concepción racional de la acción social. Ante la apertura de “oportunidades políticas” se entendía que los activistas sabían reconocerlas, interpretarlas y definir estrategias acordes a sus reivindicaciones.

Jeffrey Alexander, retomando una revisión de las grandes perspectivas sobre los movimientos sociales realizada por Alain Touraine, observó que los referentes del proceso político y de la movilización de recursos en la construcción de sus modelos teóricos estuvieron influenciados y condicionados por la tradición marxista. En los nuevos modelos se “secularizó” la perspectiva marxista al despojarla de la teleología revolucionaria, pero se mantuvo el principio racional de la acción colectiva, se continuó a considerar a los movimientos sociales como el medio más eficaz y eficiente para las transformaciones deseadas y se continuó a pensar sus acciones en oposición y contra los poderes del Estado, ya no para “tomar el poder”, sino para transformarlo (Alexander, 1998).

Nuevos Movimientos Sociales: la identidad como dimensión interviniente

Concomitantemente a los abordajes anteriores, en Europa, Alain Touraine y Alberto Melucci se convirtieron en referentes de una nueva perspectiva denominada *Nuevos Movimientos Sociales* (NMS). A pesar que suele ser reconocida como una perspectiva macrosociológica, es destacable la preocupación de sus referentes por articular la dimensión micro por medio de integrar los significados movilizados por los sujetos sociales. Esta perspectiva se distinguió por la valoración de la dimensión cultural en la comprensión de la emergencia de los movimientos sociales, el *por qué del surgimiento de éstos* fue la pregunta rectora. La exploración de los significados otorgados por los actores, especialmente en lo identitario, fue una de las vías de explicación y diferenciación de las perspectivas norteamericanas.

El enfoque estructural se expresa en la forma en que sus referentes interpretaron los conflictos sociales al enmarcarlos en el proceso de transformación de la sociedad industrial en la “programada”, en términos de Touraine, o “postindustrial”, en los de Melucci. Para Melucci, la sociedad postindustrial ya no tendría una base económica o material, sino que produciría a través de la creciente integración de estructuras económica, políticas y culturales. Los bienes materiales son producidos y consumidos a través de la mediación de un amplio sistema informacional y simbólico. De este modo, los conflictos sociales se desplazarían del tradicional sistema económico industrial, signados por conflictos de clase o raza, a un territorio cultural, afectando la identidad de las personas, el tiempo y el espacio de su día a día, sus motivaciones y patrones culturales de acción individual. Ellos ya no lucharían meramente por metas materiales o incrementar su participación en el sistema, sino por cuestiones culturales y simbólicas, que tienen que ver con su modo de vida (Melucci, 1985: 795-797).

Touraine también coincide con esta premisa. Según él, el conflicto social se centraría en torno del control social de los principales patrones culturales a través de los cuales nuestras relaciones con el ambiente son organizadas normativamente. Estos patrones culturales son de tres tipos: un modo de conocimiento (verdad), un tipo de inversión (producción) y principios éticos (moralidad) (1985: 755).

Para Touraine, los diferentes movimientos sociales serían facetas de un “movimiento antitecnocrático” subyacente, luchando por emerger, el cual ha asumido el mismo papel –de conflicto central- en la sociedad postindustrial que el movimiento obrero había ocupado en la sociedad industrial. Con esta premisa el autor no buscaba desconocer la vigencia de conflictos sociales signados por cuestiones materiales, de clase o étnicas, más bien se orientaba a evidenciar la emergencia de un nuevo tipo de conflicto social en la sociedad programada y aportar a la construcción de un repertorio de categorías analíticas para su análisis. A partir de reconocer la diversidad de conflictos sociales que coexisten en una sociedad, abogó por restringir la categoría movimiento social a aquellos movimientos centrados en el control social de los principales patrones culturales. De este modo, para el autor el *movimiento social* se configuraba en una categoría analítica más precisa y restringida a fenómenos sociales específicos, adquiriendo mayor potencialidad explicativa. Un movimiento social es mucho más que la defensa de intereses particulares, es el interés de construir o reconstruir la sociedad en su conjunto (Touraine, 1989: 33).

Touraine es explícito en que el conflicto social por valores culturales no supone necesariamente la disputa de dos modelos de sociedad que están finamente acabados, pensados y listos para ser ejecutados. En el propio conflicto social, es decir, en la dialéctica de la disputa social en torno de valores que se están conformando, se van madurando y definiendo las posiciones y visiones de mundo, no sólo entre las partes en conflicto, sino también al interior del propio movimiento social (Touraine, 1998).

Entre los referentes de esta perspectiva y los de las norteamericanas existen elementos en común. Asumen que los movimientos sociales están definidos por una interrelación entre un conflicto, actores que se involucran en disputas y sus intereses, lo que a su vez define el campo del conflicto (Touraine, 1985: 760). Al igual que McCarthy y Zalad, la noción de movimiento social contempla la existencia de organizaciones sociales, pero no se restringe ni homologa a éstas (Touraine, 1994).

Melucci problematizó la propia noción de movimiento social, debido a los problemas epistemológicos que conlleva. En cuanto posee realidades múltiples, que eventualmente convergen y se expresan en coyunturas específicas, no puede ser considerada una unidad empírica analítica. Para el autor, es un *sistema de acción*, motivo por el cual propuso hablar en términos de “redes de movimientos” o áreas de movimientos como “red de grupos e individuos” compartiendo una cultura conflictiva y una identidad colectiva¹⁴ (1985: 798-799).

Un aspecto de interés observado por Melucci refiere a que los sujetos involucrados en el conflicto social, incluso entre aliados y oponentes, poseen un sistema común de referencia, algo que se comparte y se disputa. En palabras del autor. “un conflicto supone la lucha de dos actores (colectivos) por la apropiación de recursos valorizados para ambos. Los actores de un conflicto se enfrentan, en el interior de un campo común, para el control de los recursos. Para que exista un conflicto es preciso poder definir los actores a partir de un sistema común de referencia y es necesario que exista una posta en juego a la cual ambos adversarios se refieren implícita o

¹⁴ En términos analíticos define al movimiento social como una forma de acción colectiva basada en solidaridad, conllevando conflicto y tensionando los límites del sistema en el cual la acción ocurre (Melucci, 1985: 795).

explícitamente” (2001: 33-34). Así, para que exista un movimiento social, no sólo debe existir una disputa entre las partes en cuestión, sino también el sistema de referencia tiene que estar tensionado y amenazado, es decir, tiene que estar ultrapasado lo que supone cuestionar las propias reglas del juego social.

La dimensión *identitaria* se observa en la construcción del nosotros que hacen los activistas, con vistas a presentarse ante sí mismos y ante sus adversarios como una comunidad de valores y construir a quienes están fuera de ella como oponentes (Touraine, 1985). A diferencia de las corrientes norteamericanas, estos autores al reconocer que en las luchas sociales se encontraba la disputa por una nueva forma de vida, dejaron de concebir a los movimientos sociales únicamente como medios o instrumentos para alcanzar metas y pasaron a ser considerados como parte de las propias metas (Melucci, 1985: 801). Involucrarse en las reivindicaciones de un movimiento social es una forma de ser, de transformar la vida misma, cuanto menos la de uno.

3.3. El Giro interpretativo: hacia una perspectiva holística

La configuración del área de estudios de movimientos sociales no sólo supuso un importante avance para la comprensión de un fenómeno empírico que, vale la pena enfatizar, se encontraba y encuentra en configuración y cambio, sino también introdujo nuevos marcos teóricos y empíricos para interpretar los efectos de las interacciones entre lo estatal y lo no estatal en el cambio social.

A diferencia del inicio de la tematización de la cuestión, monopolizada por la tradición marxista, en la segunda mitad del Siglo XX autores/as enrolados/as en diferentes tradiciones teóricas intentaron explicar los fenómenos analizados a partir de diferentes perspectivas. En sus comienzos estos nuevos paradigmas actuaron como modelos alternativos, potentes para evidenciar y explicar aspectos específicos de los movimientos sociales, pero débiles para interpretarlos en su totalidad. A partir de los debates y cuestionamientos que se cruzaron entre los referentes de estos paradigmas y del ocaso de la hegemonía de los estructuralismos, conforme adquiría reconocimiento y potencialidad analítica las perspectivas interpretativas, operó un proceso de integración y complejización de los paradigmas interpretativos. Actualmente, los esfuerzos tienden a recuperar e integrar lo mejor de cada perspectiva en un abordaje integral, complejo y dinámico de los movimientos sociales.

A seguir, recuperaré lo que en mi entender son los principales aportes de las diferentes perspectivas a la comprensión de la configuración, lógicas de acción y dinámica de los miembros de los movimientos sociales, para luego identificar algunas de las debilidades que persisten. Luego, centraré el análisis en dos dimensiones analíticas que, en las últimas dos décadas, están adquiriendo relevancia en la interpretación de las prácticas políticas: identidad colectiva y emociones.

3.3.1 *Aportes, rupturas y vacíos analíticos*

Uno de los aportes destacables es el relativo consenso en torno a la definición de movimiento social centrada en el conflicto en torno a aspectos (valores) que hacen a los fundamentos sobre los cuales se organizan las sociedades. De este modo, se los diferencia de otros conflictos entre grupos de interés que operan en el seno de la sociedad sin cuestionar su constitución. Reflexión aparte merece la distinción realizada por Touraine en torno al tipo específico de conflicto social vinculado a un movimiento social, que abordaré en el ítem E. Historicismo y Sesgo Normativo.

La diferenciación de la idea de movimientos sociales de las redes u organizaciones a través de las cuales se llevan a cabo las acciones colectivas, conforme observan McCarthy, Zalad, Tarrow, Melucci y Touraine, es otro recurso analítico que posibilita diferenciar los ejes de la disputa de las

estructuras organizativas a través de las cuales los sujetos entablan sus luchas. También permite articular diferentes niveles analíticos (internacional, nacional y local), puesto que el accionar de las organizaciones sociales puede abordarse en relación a diferentes escalas espaciales. Movimiento social siempre es referenciado en el nivel macrosociológico, aunque sus efectos también puedan observarse a nivel micro.

Es destacable la observación realizada por Melucci con relación a la dificultad epistémica de tomar a los movimientos sociales como entidades empíricas factibles de ser analizadas. El autor objetó la posibilidad de la construcción de la misma como una unidad analítica. Propuso como alternativa: *movement networks* o *movement areas* interpretadas como redes de grupos e individuos que comparten referencias culturales alternativas a las hegemónicas y una identidad colectiva (Melucci, 1985).

Las líneas de indagación que guiaron a los referentes de los diferentes paradigmas, sea a través del por qué surgen los movimientos sociales y cómo surgen y despliegan su accionar, aportaron a desvelar gran parte del fenómeno empírico. Por mi parte, entiendo que lejos de ser prioritaria una pregunta por sobre otras ambas deben intervenir relacionamente problematizando el objeto de estudio. Suprimir una de antemano, supone delegar en el analista su respuesta, lo que implica restarle agencia a los protagonistas.

Los esfuerzos por interpretar la emergencia de movimientos sociales en el marco de procesos históricos, como propusieron los referentes del proceso político y de los nuevos movimientos sociales, definitivamente aportaron a la comprensión del porqué de su surgimiento. De hecho, las instituciones que existen en cada coyuntura son resultado de las luchas históricas de los sujetos sociales y, a su vez, generan un marco de posibilidades y constricciones a las nuevas disputas que se despliegan. Conforme observan McAdam, Tilly y Tarrow “el escenario histórico y cultural en el que tienen lugar la contienda afecta de modo significativo a su movilización, actores, trayectorias, resultados y concatenaciones de mecanismos causales (2005: 25). Esta es otra puerta de entrada para integrar la dimensión multiescalar en el análisis de los movimientos sociales, pues movimientos que tienen una expresión nacional o internacional, adquieren características específicas en los escenarios locales dada la especificidad histórica con la que se cristalizaron las instituciones, el sentido común y las prácticas sociales en esos espacios. Sin embargo, el sesgo “historicista” puede acarrear ciertos sesgos normativos cuando el analista incurre en atribuirle sentido a la historia; como analizaré más adelante.

No obstante los aportes antedichos, los diferentes paradigmas lejos de ofrecer una comprensión acabada de los fenómenos en cuestión, conforme pretendían sus referentes, quedaron limitados a identificar y explicar parcialmente variables intervinientes. Todas las perspectivas analizadas tuvieron lagunas analíticas que no consiguieron salvar. A continuación, identificaremos algunos de esos gaps y los debates que hubo al respecto.

Acción social: el desafío de interpretar las prácticas sociales en su multidimensionalidad

El “talón de Aquiles” en los estudios de los movimientos sociales ha sido explicar la acción colectiva en su multidimensionalidad. En esta cuestión las opciones teóricas se desdoblaron en aquellas que ponderaron los factores estructurales como variables explicativas – la acción colectiva como producto de la lógica del sistema- y las que se centraron en aspectos referidos a la individualidad de las personas, sea a través de su ideología o valores. Los debates y opciones teóricas en torno a la acción colectiva se desarrollaron como derivación de los operados sobre la acción social individual.

La introducción del accionar estratégico fue un elemento recuperado por diferentes perspectivas analíticas -marxistas, proceso político y, fundamentalmente, movilización de recursos- y, de

alguna forma, fue dominante para explicar la acción colectiva¹⁵. Los referentes del paradigma de los nuevos movimientos sociales intentaron integrar los factores estructurales con la subjetividad de los actores, sea los sentidos otorgados a sus luchas, así como sus vivencias identitarias (Touraine, 1985 y Melucci, 1985). En todos los casos, las explicaciones ofrecidas fueron objeto de críticas por desatender dimensiones y/o variables analíticas.

Desde la conformación de las Ciencias Sociales la acción social fue un tópico central a ser develado por los teóricos. Los autores clásicos reconocieron tempranamente la multidimensionalidad de ésta, a pesar que focalizaron sus análisis en alguna de sus dimensiones. A este respecto es elocuente la tipología de fuentes de acción social propuesta por Max Weber, quien identificó: i) acción social racional con arreglos a fines, ii) acción social racional con arreglos a valores, iii) acción social afectiva y iv) acción social tradicional. Como afirma el autor para toda tipología, los tipos puros lejos de ser fenómenos fácilmente hallables en la realidad empírica, cumplen la función de categorías cognitivas y analíticas. Lo que con mayor frecuencia nos encontramos en la realidad social son híbridos (Weber, 2002). Sobre la noción de híbrido también reflexionó Marcel Mauss a través de *hecho social total*. Para este autor, en cada acción social se expresan al mismo tiempo y de manera intrincada toda especie de instituciones (religiosas, económicas, estéticas, morales, políticas, afectivas, etc.) definiendo formas específicas de comportamiento y de configuración en cada sociedad. Es el analista quien las clasifica para tornar viable su análisis, pero en su comprensión se impone reintegrarlas (Mauss, 1974).

Por mi parte, entiendo que en el sentido común contemporáneo, y en gran parte del pensamiento académico, tiende a aplanarse a una única dimensión, la racional, la forma como se concibe la acción social. Está adquire mayor sobreestimación aún en el quehacer político, pensado como un campo estratégico. En gran medida, es consecuencia de un pensamiento normativo, heredero de la Modernidad, que antepuso el comportamiento guiado por la “razón” al guiado por la “fe” y, para el campo político, presupone (y pauta) un accionar fundado en un proceder individual, consciente, racional y guiado por ideología e intereses individuales. Al ser un pensamiento arraigado en el sentido común es fácil relevarlo en los relatos de nuestros entrevistados/as, que tienden a sobreestimarlo en relación a otras motivaciones que si bien intervienen en su accionar, son menos legítimas para ser enunciadas en la arena política¹⁶.

En las últimas décadas existe cierta convergencia entre los/as cientistas sociales en que aplanar a una única dimensión algo que es multidimensional supone una simplificación que reduce y limita su comprensión. Actualmente se están realizando esfuerzos por integrar las diferentes variables en una explicación integral que articule lo estructural y lo individual, lo material y lo simbólico, lo racional y lo emotivo, configurando uno de los desafíos actuales de la agenda sobre los movimientos sociales.

Ciertamente es un notable progreso reconocer la intervención de diferentes dimensiones en la comprensión de la acción social. Sin embargo, conforme observa Jasper, la principal laguna analítica es la carencia de una teoría de la acción social individual y colectiva que integre la estrategia, la cultura y las emociones (Jasper, 2012: 19). Si bien las propuestas de los diferentes autores/as establecen relaciones entre las acciones observadas y alguna/s de las dimensiones en cuestión, aún no consiguen ofrecer explicaciones en las cuales se evidencie cómo intervienen e

¹⁵ Alexander observa que cuando los teóricos de la movilización de recursos accionaron factores subjetivos (como ser el identitario, las emociones, etc.) para explicar la acción social los interpretaron como medios para alcanzar un fin, es decir, desde una mirada instrumental y no como fines deseados por ser significativos en sí mismos (1998).

¹⁶ Una interesante exposición sobre los fundamentos epistemológicos y teóricos que subyacen a ambas perspectivas, así como, una alternativa de solución que articulan elementos de ambas, es expuesto en Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. 2005. Interés, habitus y racionalidad. En: Una invitación a la sociología reflexiva. Siglo XXI. P.173-204.

interaccionan conjuntamente. Se persiste en identificar un único móvil como motivador de la acción individual y colectiva. En el mismo sentido, conforme observa Charles Tilly la acción colectiva no puede ni debe ser interpretada como la mera suma de las acciones individuales de los miembros del movimiento social; aún no se han propuesto modelos explicativos del proceso que conecta a ambas (1985: 727)¹⁷. Aquí, la herencia positivista del método científico parece configurarse como un obstáculo para comprender un fenómeno empírico multidimensional.

Significados y el riesgo de la reificación del movimiento social

En consonancia con la crisis de los paradigmas estructurales que dominaron las Ciencias Sociales a partir de la década de 1970, en el estudio de los movimientos sociales también operó un desplazamiento hacia el reconocimiento e integración de las dimensiones subjetivas para interpretar los conflictos y transformaciones sociales, las prácticas políticas y las formas de organización social. Jasper observa que la propuesta no consiste en reducir a la dimensión micro y subjetiva esos fenómenos sociales, como los abordaron los autores racionalistas y fenomenológicos, sino integrarlas e interpretarlas en los contextos sociales donde operan (arenas institucionales, redes sociales, formas de interacción, etc.). Para este autor tanto en la perspectiva de la movilización de recursos como en la de los procesos políticos los reclamos y actitudes de los participantes, es decir su subjetividad, fueron subestimados, privilegiándose en el análisis las circunstancias externas. Los referentes de estos paradigmas daban por hecho que los sujetos de la protesta ya estaban previamente conformados y a la espera de la apertura de oportunidades para la irrupción de la acción colectiva; no contemplaban los sentidos que los sujetos atribuían a las cosas, sus deseos, ni sus motivaciones. Menos aún, la heterogeneidad de significados que pudieran coexistir al interior del movimiento. Tampoco consideraban la interpretación de las oportunidades que pudieran hacer los sujetos e incluso su agencia para construirlas, éstas eran factores externos que se presentaban o no para la acción colectiva. En particular, en la teoría de movilización de recursos, la idea del movimiento social solía ser reificada, en el mejor de los casos, a partir de la voz de sus dirigentes, desconsiderándose las voces heterodoxas – puntos de vistas alternativos- que podrían existir entre los demás miembros (Jasper, 2012: 10-12).

Entre los referentes de los paradigmas norteamericanos, fueron pocos los/as que abordaron a los movimientos sociales como fenómenos heterogéneos, ambiguos e incluso contradictorios. Dominó una tendencia a reificarlos, por lo general en la voz de sus dirigentes. Es llamativo este sesgo, pues en los diferentes paradigmas existieron recursos analíticos para captar dicha complejidad. Los teóricos de la movilización de recursos al reconocer diferentes tipos de miembros y en consecuencia posiciones relativas en el campo organizacional tenían a mano un recurso para captar esa heterogeneidad por medio de aprehender los sentidos movilizados por los diferentes sujetos, pero sus preguntas de investigación los llevaban a preocuparse por las estrategias diseñadas e implementadas por los dirigentes.

Los referentes del paradigma de los NMS son los que más reconocieron la heterogeneidad inherente a los movimientos sociales. Touraine al explicitar que la propuesta de transformación de los miembros del movimiento social no era algo acabado, sino que se redefinía en la práctica, también ofreció otra puerta al análisis de la dinámica de las visiones y percepciones que coexisten al interior de un movimiento y los conflictos que pueden estar asociadas a ella. Melucci, a través

¹⁷ Charles Tilly evidencia que los analistas suelen representar la acción colectiva como una expresión directa del interés común de un grupo completamente formado – una clase social, comunidad, grupo étnico, sindicato, partido o de cualquier otro tipo- sin indagar seriamente cuál conexión existe entre los dirigentes y el grupo social que dicen representar (1985: 731).

de pensar a los movimientos sociales como un *sistema de acción*, ha sido explícito en reconocer que una acción colectiva siempre contiene diferentes tipos de comportamientos y significados, por lo que el analista debe romper su aparente unidad y aprehender la variedad de elementos que convergen en ella y los diferentes resultados posibles (Melucci, 1985).

Lo microsocioal, a través de captar aspectos de la subjetividad individual y colectiva y de las interacciones entre actores fue contemplado por algunos paradigmas, sin embargo Jasper observa que en todos los casos operó de manera fragmentada. Los/as autores/as enrolados/as en la teoría de los juegos, acotaron esta dimensión al accionar estratégico. Los teóricos de los NMS destacaron la dimensión identitaria y algunos significados culturales asociados a los conflictos sociales. Sin embargo, en todos los casos se observó una debilidad en el análisis relacional de lo microsocioal y lo macrosocioal (Jasper, 2012: 23). Para superar esa laguna, Jasper propone centrar el análisis en las interacciones como punto de partida para comprender la producción de los significados y las intenciones, pues en ese nivel éstos se gestan. Es una vía analítica para contextualizar el análisis de la subjetividad individual en contextos sociales micro, siendo el primer paso para su análisis relacional con otros niveles, es decir, el análisis relacional entre lo individual a lo colectivo (Jasper, 2012: 30).

Lo estático vs. lo dinámico

Un aspecto que McAdam, Tilly y Tarrow observaron como debilidad de su propia propuesta y de las otras, fue la visión estática de la contienda política. El foco analítico solía centrarse en explicar las condiciones de posibilidad para el surgimiento de los movimientos sociales y su constitución. La dinámica de éstos y su debilitamiento y/o desaparición en la inmensa mayoría de los estudios quedaba fuera del análisis, siendo restringida la comprensión de los procesos políticos en curso. Esa laguna analítica y otras observadas en los principales paradigmas sobre movimientos sociales los motivó a publicar en 2001, *Dynamics of Contention*, en el que proponían un nuevo enfoque y programa de estudios, con vistas a sortear varias lagunas existente (lo estructural vs lo subjetivo, lo dinámico vs lo estático, entre otros), a través de repensar el paradigma del proceso político desde una perspectiva más dinámica y cultural. Para dar cuenta de dicho desafío los autores propusieron un repertorio de conceptos (episodios, contienda política, contienda contenida y contienda transgresiva) y un programa de estudios centrado en identificar, por medio de un análisis comparativo, mecanismos (ambientales, cognitivos y relacionales) comunes a diferentes procesos contenciosos. Así, se explicaría una variedad de procesos dinámicos por medio de establecer conexiones causales entre mecanismos, procesos y episodios. En lo metodológico, lo dinámico sería captado por medio de centrar el análisis en los procesos y mecanismos, en vez de en los episodios, integrar operativamente mecanismos cognitivos, relacionales y ambientales; reconciliar la contingencia con la explicación y examinar las acciones de todos los actores involucrados, es decir no restringir el análisis a los miembros de los movimientos sociales, sino integrar a sus oponentes, a los representantes políticos, aliados, etc. (2005: 343). Lejos de pretender establecer leyes generales sobre los movimientos sociales, se centraron en identificar mecanismos causales claves que son recurrentes en una amplia variedad de contenidas, pero producen diferentes resultados globales en función de las condiciones iniciales, de sus combinaciones y de las secuencias en que aparecen (2005: 40).

No interesa aquí presentar un detalle acabado de esta nueva perspectiva, pues la obra de referencia es más fiel para ofrecerla, sino enunciarla como uno de los esfuerzos de los referentes de la cuestión para saldar lagunas analíticas de sus propuestas teóricas por medio de integrar aportes y/o dimensiones analíticas de referentes de otros modelos. Sí interesa su perspectiva para captar la dinámica de la contienda. Para los McAdam, Tarrow y Tilly “los procesos sociales consisten en secuencias y combinaciones de mecanismos causales. Explicar la contienda política

es identificar sus mecanismos causales recurrentes, sus formas de combinación, las secuencias en que recurren e intentar explicar por qué diferentes combinaciones y secuencias, a partir de condiciones iniciales distintas, producen diversos efectos a gran escala (...) La movilización no es un proceso aislado: se solapa con otros mecanismos y procesos – tales como la creación y la transformación de los actores, su certificación o descertificación, su represión, su radicalización y la difusión de la contienda a nuevos emplazamientos y actores en las complejas trayectorias de la contienda política (2005: 14).

Disociación entre Estado y Movimientos Sociales

Otro aspecto deficitario fue la forma en que los referentes abordaron la relación entre lo estatal y lo no estatal. En todas las perspectivas predominó una concepción dicotómica, en la que se pensó a los movimientos sociales en términos contrapuestos a lo estatal. En las perspectivas norteamericanas el foco de análisis se centró en la confrontación entre lo que se pensó como dos entidades contrapuestas. Entre los autores de los NMS ese antagonismo también estuvo contemplado. Llama particularmente la utilización de la categoría *sociedad civil*, para referenciar el ámbito de acción de los movimientos sociales. Touraine enfatizó que la novedad del concepto movimiento social es que enfatiza la distinción analítica entre los movimientos sociales y la transformación del Estado. En palabras del autor: “para ponerlo en términos tradicionales, se basa en la idea del siglo XVIII de la separación entre la sociedad civil y el Estado” (Touraine, 1985: 775)¹⁸. Melucci movilizó dicha categoría para observar cierto desajuste entre las formas de representación, participación y toma de decisiones que existen actualmente en las agencias gubernamentales de las sociedades complejas y las necesidades y formas de acción existentes en la “sociedad civil” (Melucci, 1985: 790). Destaca la prudencia o distanciamiento con el cual el autor moviliza dicha categoría a través de accionarla siempre entre comillas, pero sin explicar el motivo¹⁹.

Según Alexander, dicha polarización es producto de la influencia marxista en los referentes contemporáneos. Por mi parte, entiendo también se originó como efecto de cierto encantamiento de los analistas con la perspectiva de los dirigentes de los movimientos sociales. Acotar los datos empíricos analizados a los discursos o interpretaciones de los sujetos, sin interpretarlos vis-à-vis sus prácticas sociales, conlleva desconsiderar redes sociales que permean diferentes ámbitos, interrelaciones, circulación de personas, prácticas y significados, entre otros aspectos. Recuperar en el análisis esas prácticas e interacciones sociales, que muchas veces pueden pasar desapercibidas para los propios protagonistas, es un recurso analítico para aprehender la posible interpenetración de las esferas en cuestión. También posibilita analizar cómo las lógicas de unas interactúan y reconfiguran la de las otras.

¹⁸ Touraine asume la noción hegeliana y marxista de sociedad civil, definida como “el espacio social de la producción de la vida social a través del trabajo y de la creación por éste de los valores culturales” (Touraine, 1992: 134). En otro artículo el autor observa “Los nuevos movimientos sociales son menos sociopolíticos y más socioculturales. La distancia entre la sociedad civil y el Estado se está incrementado mientras la separación entre la vida privada y la pública se debilita. La continuidad entre los movimientos sociales y los partidos políticos está desapareciendo; la vida política tiende a convertirse en un área deprimida/reducida entre un Estado fuerte en un ambiente internacional en cambio y, en el otro lado, movimientos socioculturales (Touraine, 1985: 780).

¹⁹ La aparente incomodidad con la categoría “sociedad civil” para referenciar el ámbito de los movimientos sociales que siente Melucci se desliza en el siguiente párrafo: “Un nuevo espacio político se configura más allá de la tradicional distinción entre estado y “sociedad civil”: un espacio público intermedio, cuya función no es institucionalizar los movimientos sociales ni transformarlos en partidos políticos, sino hacer que la sociedad escuche sus mensajes y traducir a estos últimos en decisiones políticas, mientras los movimientos mantienen su autonomía” (1985: 815).

Conforme enuncié anteriormente, el análisis de la emergencia de los movimientos sociales en el marco de procesos histórico aporta a su comprensión, sin embargo cuando se aborda la historia desde una perspectiva teleológica se incide en análisis normativos, de los que rara vez las conclusiones pueden salir indemnes.

Entiendo que la interpretación del proceso histórico propuesta por Touraine incurrió en ese sesgo y, consecuentemente, disoció su análisis de su propuesta teórica. En esta parte me permito recuperar la tesis principal de Touraine para facilitar la comprensión de la reflexión a seguir. En su perspectiva, los movimientos antinuclear, feminista, estudiantil, así como otros en Francia y Solidaridad en Polonia serían diferentes facetas de un movimiento antitecnocrático subyacente, luchando por emerger, el cual ha asumido el mismo papel –de “conflicto central”- en la sociedad postindustrial. En función de ello, entendió que en todos los conflictos sociales podían ser encontrados componentes de los movimientos sociales, conforme la definición restringida a la disputa por patrones culturales otorgada por él (Touraine, 1985: 762). Interpreta que en cada lucha social existiría una meta-lucha, incluso cuando no reconocida o ignorada por sus dirigentes, pautada por las contradicciones propias de la sociedad programada, el conflicto central. A diferencia de los movimientos revolucionarios, en los nuevos movimientos sociales se habría desplazado la centralidad de los conflictos sociales de la distribución de lo material a la dimensión cultural.

Alexander (1998) y Jasper (2012) observaron que en las luchas sociales de los siglos anteriores también operaba una disputa simbólica. El hecho de que los analistas lo hubiesen ignorado producto sus sesgos interpretativos no significaba la ausencia de estos.

Por su parte, Jasper ironizó que “Touraine no fue capaz de convencer a esos movimientos de su significado real. Como los marxistas antes que él, Touraine parecía pensar que conocía las metas de los participantes mejor que los participantes mismos” (Jasper, 2012: 20). En otras palabras, el significado que para el analista tienen esas luchas sociales, se las antepone a los sentidos movilizados por sus protagonistas. Este sesgo está presente en varias de las perspectivas revisitadas, comenzando por la marxista.

En el caso de Touraine adquiere mayor implicancias, pues interviene en la definición y recorte de lo que el autor define por un movimiento social. En su perspectiva “sólo existe movimiento social cuando la acción colectiva es dotada de objetivos sociales, es decir, reconoce la existencia de valores e intereses sociales generales y, en consecuencia, no reduce la vida política a un enfrentamiento entre campos o clases, si bien organiza y promueve conflictos. Solamente en las sociedades democráticas es que los movimientos sociales se forman solos, pues la libertad política obliga a cada actor social a luchar simultáneamente por el bien común y por la defensa de intereses particulares. Por esa razón, los movimientos sociales más expresivos recorrerán a temas universalistas: libertad, igualdad, derechos del hombre, justicia, solidaridad, temas que establecen un nexo directo entre el actor social y el programa político” (Touraine, 1994: 88).

A lo largo de las décadas, la obra del autor se ha redefinido, incluso incorporando algunas mutaciones. En sus últimas publicaciones, Touraine se centró en la dimensión ética, especialmente a partir de valorar la autonomía individual, en vez del conflicto social estructurado. Se centró en clasificar a los movimientos sociales según el sentido de los valores que promueven los actores. Propuso la existencia de *movimientos sociales* y *antimovimientos sociales*. Los primeros se referenciarían en los valores de la sociedad industrial, teniendo por eje la libertad individual (Touraine, 1994: 254), en cuanto los antimovimientos se formarían en nombre de una tradición comunitaria – étnicos, islámicos, entre otros- y no para defender lo que Touraine entiende por “la libertad del sujeto”. Los antimovimientos se identificarían con un ser histórico concreto, un

grupo, una etnia, una comunidad religiosa u otra, y nunca apelarían para la noción de sujeto y para el universalismo que esta noción contiene (Touraine, 1998: 140).

Los movimientos sociales envolverían uno de los tantos procesos de subjetivación que ocurrieron en la modernidad a través del cual los individuos se constituyen como seres responsables de su propia vida, con voluntad de actuar por sí mismo y de ser reconocidos como actores transformadores de la realidad en la que viven. Esta idea de sujeto sería la variable divisoria entre movimiento social y antimovimiento, pues para Touraine los movimientos sociales son igualmente defensores de la diversidad social y cultural y, por lo tanto, también de la equidad, que supone el pluralismo de la diferencia, al paso que la apelación a la igualdad – sería el caso de los antimovimientos- alimenta frecuentemente una política de homogenización y de rechazo de las diferencias en nombre del carácter universal de la ley (Touraine, 1998).

En mi entender, esa definición tan estrecha de lo que es un movimiento, más asociado a un ideal del autor que a una realidad factible de ser encontrada en lo empírico, así como la distinción entre movimiento social y antimovimiento limita la potencialidad analítica del concepto, al ser condicionado por un sesgo normativo, de corte eurocéntrico. Entiendo que la potencialidad de la noción de movimiento social consiste en aportar a la comprensión del cambio social, por medio de captar y analizar la construcción de ideas y prácticas contra-hegemónicas y las derivaciones que tienen sus luchas. Restringir la noción a aquellas luchas que parecieran congruentes con un modelo de sociedad pretendido y/o profetizado por el/la analista, supone desconsiderar la inmensa mayoría de las luchas sociales que operan en las diversas sociedades del globo.

Por otro lado, la constitución del “sujeto” en los términos propuestos por Touraine sería parte de un proceso histórico específico, es decir, datado en el tiempo y situado en el espacio, el occidental. De hecho, su propuesta teórica es elaborada a partir de características constitutivas de las sociedades occidentales y de la historia de cambios sociales y del papel que jugaron en ellas sus movimientos sociales. Pero, vale la pena resaltar, que esas premisas no siempre son de utilidad para explicar otras realidades sociales. Así, surge el interrogante de si el poder explicativo de la idea de sujeto es universal para analizar y entender los procesos de cambio social que tienen lugar en otras sociedades no occidentales – amerindias, negras, árabes, etc.- e incluso en las mismas sociedades europeas hibridizadas a través de décadas de inmigración²⁰.

3.3.2 *La identidad colectiva y las emociones en las prácticas políticas*

El giro interpretativo en los estudios sobre los movimientos sociales está asociado al creciente reconocimiento de que éstos también están conformados por individuos y sus interacciones. Existe un consenso en la necesidad de articular diferentes variables analíticas en la comprensión de las prácticas políticas de los miembros de los movimientos sociales, pero persiste la dificultad de integrarlas analítica y operativamente en una perspectiva teórica. En la presente sección me interesa recuperar algunos aportes realizados para fortalecer dos dimensiones de la subjetividad de los actores: la identidad colectiva y el papel que juegan las emociones en su vinculación y la participación en los movimientos sociales. Sobre estas temáticas son particularmente claves las reflexiones de James Jasper, autor que tomaré por referencia en este apartado.

²⁰ La tesis de la constitución de un sujeto y de las transformaciones operadas en las sociedades en la “alta modernidad” o “postmodernidad” ha sido cuestionada por diferentes autores, en particular destaca la perspectiva de Bruno Latour en *Nous n'avons jamais été moderne*.

En sus inicios, las teorías macro y microsociológicas norteamericanas compartieron el sesgo de asumir el interés por acceder a bienes materiales y/o libertades individuales como la motivación fundamental en la movilización y participación de los miembros de los movimientos sociales. Las subjetividades individuales, es decir los sentidos atribuidos a dichos recursos por los sujetos, fueron subestimadas. La heterogeneidad de sentidos y móviles que coexistían al interior de los movimientos sociales también fueron desconsiderados y/o subordinados a los significados atribuidos por el analista o, en el mejor de los casos, a los definidos por los dirigentes. La reificación de los movimientos sociales fue un sesgo inevitable dados estos desvíos analíticos. El reconocimiento de la identidad colectiva, como medio para y fin de los objetivos de los movimientos sociales por parte de los teóricos de los NMS introdujo una nueva dimensión analítica en esta área de estudios que no tardó en ser reconocida, valorada y apropiada por los teóricos de los paradigmas norteamericanos (Polletta y Jasper, 2001)

A partir de la década de 1980, los/as analistas de los movimientos feministas, étnicos y raciales y de sexualidades alternativas advirtieron sobre la necesidad de reconocer y valorar la producción de identidades colectivas como fin y medio de los objetivos perseguidos por los activistas. Esto supuso reconsiderar el lugar exclusivo otorgado a la distribución de los bienes materiales y/o derechos civiles en las motivaciones de los activistas. Lo simbólico adquirió peso explicativo relevante (Polletta y Jasper, 2001). Ese giro interpretativo no sólo impactó en el análisis de los movimientos contemporáneos, sino que interpeló a los cientistas sociales a revistar sus marcos explicativos de los movimientos sociales de siglos pasados (Alexander, 1998).

Polletta y Jasper definen a la *identidad colectiva* como “una conexión individual cognitiva, moral y emocional con una comunidad más amplia, categoría social, práctica o institución. Es una percepción de una relación o estatus compartido, que puede ser imaginado, más que experimentado directamente, y se diferencia de las identidades individuales, aunque puede formar parte de éstas” (2001:285). Observan la potencialidad analítica de la identidad colectiva para develar la comprensión de la emergencia, la trayectoria y los resultados de los movimientos sociales, a través de plantear cuatro grandes cuestiones claves:

- i. ¿Por qué los actores colectivos emergen?
- ii. ¿Qué motiva a las personas a participar de las acciones colectivas?
- iii. ¿Cómo entender las opciones estratégicas de los miembros de los movimientos sociales?
- iv. ¿Cómo interpretar los impactos de los movimientos sociales?

Con relación a la emergencia de los movimientos sociales, plantean que en los paradigmas macroestructurales norteamericanos estaba sobreentendido los motivos por los cuales los activistas sentían necesidad de organizarse y luchar por sus derechos civiles (raciales, etc.). El grado de opresión histórico al cual se habían visto sometidas estas categorías sociales emergía como una evidencia empírica y explicativa del fenómeno. El interrogante a develar era cómo conseguían apropiarse de recursos para canalizar sus luchas colectivas en coyunturas determinadas. Sin embargo, otro tipo de luchas que emergieron en otros países y contextos sociales (étnicas, sexuales, etc.) no eran tan fáciles de ser explicadas, pues buscaban reconocimiento por nuevas identidades y estilos de vida. En esos casos, focalizar en las identidades colectivas se constituyó en un camino para explicar cómo se configuraban intereses colectivos en torno de determinadas cuestiones y cómo asociados a los mismos emergían estructuras organizativas y luchas colectivas.

Los teóricos del paradigma sobre NMS indicaron el camino para analizar cómo la identidad colectiva contribuía a iluminar el contexto macrohistórico en el cual emergían los movimientos sociales. Sin embargo, Alexander (1998) y Cohen (1985, citado por Polletta y Jasper, 2001) observaron que Touraine y Melucci aportaron más al formular las preguntas que al responderlas. Sus explicaciones sobre cómo los cambios en la producción material había afectado a los movimientos sociales no fueron del todo claras y en algunas ocasiones surcaron la tautología, al tomar a los NMS como evidencia y consecuencia de una nueva formación social. En lo empírico, se observa que con frecuencia los movimientos sociales han combinado metas políticas y culturales en sus luchas sociales.

Polletta y Jasper, a partir de una extensa revisión bibliográfica, recuperan los abordajes o dimensiones analíticas que diferentes autores/as han identificado como fuentes a partir de las cuales los activistas construyen sus identidades colectivas. Destacan: a) el proceso histórico de construcción de identidades colectivas, b) el modo como las relaciones sociales, económicas y políticas en las que la gente participa – redes sociales- generan la movilización de identidades específicas, c) el papel de la cultura en modelar las identidades colectivas en nombre de las cuales las personas realizan sus reclamos y d) las condiciones políticas en las cuales los reclamos identitarios tienden a ser prominentes en los movimientos (2001: 289).

La identidad colectiva también aportó a la comprensión de las motivaciones de las personas en involucrarse en organizaciones y acción colectivas. El dilema planteado por Mancur Olson pierde vigencia ante las satisfacciones y realizaciones que la gente encuentra en participar. No sólo sentir cierta realización como personas en el pertenecer, sino en los vínculos afectivos (re)producidos, en las instancias recreativas asociadas a la propia movilización y participación, etc. La identidad colectiva pasó a constituirse en un bien simbólico alternativo y complementario a los materiales.

La identidad colectiva también posibilitó indagar sobre los mecanismos de reclutamiento e involucramiento de las personas con los movimientos sociales. A través de indagar sobre las identidades colectivas y sus relaciones con las redes de pertenencia, diferentes autores han observado que los movimientos sociales se proyectan sobre redes sociales preexistentes. En éstas, el comportamiento solidario emerge como un comportamiento razonable y esperado, que predispone y compele a las personas a involucrarse en las acciones en las que participan sus pares, más allá de los intereses individuales esperados. La continua reproducción de la posición social por uno ocupada en su red de pertenencia, la reproducción del honor y prestigio individual, así como la de los lazos afectivos, constituyen incentivos que intervienen de manera inconsciente en la predisposición a solidarizarse y/o involucrarse en las acciones que participan miembros del grupo de referencia. En este sentido, se apunta a abandonar el abordaje dicotómico entre los intereses individuales y el accionar moral, para reintegrarlo en una perspectiva que reconozca la multidimensionalidad de los móviles que predisponen o inhiben a las personas para involucrarse en acciones colectivas junto a sus pares.

Reconocer y diferenciar analíticamente cómo las personas experimentan su pertenencia a las identidades colectivas y cómo los dirigentes tratan de manipularlas para lograr el involucramiento y mantenimiento de la adhesión y participación de las personas en las acciones que convocan, aporta a comprender el surgimiento y del mantenimiento de la adhesión y/o participación de las personas con las organizaciones sociales, pero también de su alejamiento. A su vez, evidencia lo ya observado por Melucci de que la identidad colectiva siempre es construida a través de un sistema complejo de negociación intercambio y toma de decisiones (Melucci, 1985).

Las opciones estrategias también ganaron inteligibilidad al ser interpretadas a la luz de las identidades colectivas. Si participar en algunos movimientos sociales está asociado a una forma de ser, las opciones de sus prácticas colectivas (lógicas organizativas y de representación, tácticas, objetivos, etc.) también estarán vinculadas a las definiciones de ese ser. Por ejemplo, las opciones

estratégicas de los miembros del movimiento pacifista o ecologista están condicionadas por las definiciones éticas a partir de las cuales sus miembros se piensan y reconocen. Al deber ser compatibles las opciones de acción con los valores del grupo, se evidencia que lo que el analista entiende por “acción racional” no siempre es “razonable” para los miembros del grupo, evidenciando las limitaciones de la teoría de la acción racional para explicar la acción colectiva. Esto no significa disociar lo estratégico de lo identitario, sino articularlo, pues la construcción de una identidad colectiva específica puede formar parte de la estrategia de los dirigentes sociales. Incluso, los activistas pueden variar la forma en que definen su identidad colectiva conforme el contexto situacional que enfrentan y el grupo de potenciales adherentes al que se dirigen.

Dada la centralidad del conflicto estado vs movimientos sociales que dominó la segunda mitad del Siglo XX, los impactos de las acciones colectivas en la vida social recibieron menor atención. Los movimientos sociales impactan en los valores y representaciones sociales y el análisis de las identidades colectivas es una de las puertas de análisis a captar esas transformaciones. Esta dimensión tiene particular interés para el análisis de la posición social y la autopercepción de categorías sociales marginadas y los cambios en su reconocimiento, tanto individual como de terceros, y en los modos de relación con otras categorías sociales que opera como producto de la des-estigmatización (ej. Sexualidades alternativas, personas con capacidades diferentes, inmigrantes, grupos étnicos, feminismos, grupos raciales, etc.)

Lo anterior más que pretender resolver la cuestión de la identidad colectiva, son líneas de indagación que se han abierto en las últimas décadas y configuran la nueva agenda sobre los estudios de los movimientos sociales. ¿Cómo los individuos ordenan y combinan diferentes fuentes de identidad? ¿Cómo intervienen las emociones en la configuración de las identidades colectivas? ¿De qué manera interacciona el interés individual y los marcos culturales en la configuración de las identidades colectivas? Éstos y otros interrogantes aún quedan por ser revelados sobre esta cuestión.

Las emociones en las prácticas políticas

Si bien lo emotivo fue tempranamente introducido en el análisis de los movimientos sociales por los teóricos comportamentalistas, el sesgo patológico e irracional que le adjudicaron en la explicación de la acción colectiva, operó como un elemento disuasorio para los referentes de los paradigmas posteriores, que evitaron dicha dimensión en sus perspectivas interpretativas. Su preocupación se centró en demostrar y explicar los sentidos albergados en las prácticas contenciosas que los sujetos sociales canalizaban por fuera de las estructuras institucionales (Goodwin, Jasper y Polletta, 2000).

A partir de la última década del siglo XX, diferentes autores/as recuperaron la iniciativa de integrar lo emotivo a la explicación de la acción social, en general, y de las prácticas políticas en particular. ¿Qué son las emociones? ¿De qué manera intervienen en la acción social? Son algunas de las preguntas que articulan las siguientes reflexiones.

Nussbaum es uno de los autores que ha contribuido a reinsertar a las emociones en el centro de la reflexión sobre la acción social. Planteó que éstas nos ayudan a que el mundo a nuestro alrededor tenga significado y a formular acciones que respondan a los acontecimientos: una forma de pensar y de evaluar más a menudo y no una fuente de irracionalidad (2001; citado por Goodwin et. al. 2001).

Jasper (2012) observó que en el retorno a considerar a las emociones como elementos intervinientes en las prácticas políticas los/as científicos sociales se encuentran con dos problemas/desafíos a superar: la persistencia de dualismos residuales (emocionalidad vs racionalidad, entre otros) y la necesidad de diferenciar analíticamente los tipos de emociones, sus

interacciones y efectos en las prácticas políticas. Con relación al primer desafío propone que sentir y pensar son procesos paralelos de evaluación e interacción con nuestros mundos. Las emociones están presentes en todas las fases y aspectos de la protesta, motivan a los individuos, se generan en la multitud, se expresan retóricamente y dan forma a los objetivos manifiestos y latentes de los movimientos. Las emociones pueden ser medios, también fines y otras veces fusionan ambos; pueden favorecer o dificultar los esfuerzos de movilización, las estrategias y el éxito de los movimientos. Para integrar de manera sistémica el análisis de la emociones a las prácticas políticas propone una *tipología de sentimientos* basada en la duración y en la forma como se sienten. Distingue entre:

- *Pulsiones*: necesidades corporales urgentes que desencadenan otros sentires y otra atención hasta que son satisfechas (deseo, hambre, adicción a sustancias, cansancio, dolor, etc.),
- *Emociones reflejas*: reacciones automáticas a nuestro entorno físico y social inmediato (miedo, ira, alegría, sorpresa, disgusto, conmoción, asco, etc.),
- *Estados de ánimo*: sentimientos energizantes o des-energizantes que perduran en el tiempo a través de diferentes entornos y se diferencian de las emociones porque carecen de un objeto directo.
- *Emociones reflexivas*: sentimientos estables y de largo plazo, que a menudo constituyen el trasfondo de las emociones reflejas. Pueden distinguirse entre dos subtipos:
 - *Lealtades u orientaciones afectivas*: apegos y aversiones relacionadas a valoraciones cognitivas elaboradas en relación a otros y a objetos (amor, simpatía, respeto, confianza, admiración y sus equivalentes negativos),
 - *Emociones morales*: sentimientos de aprobación o rechazo basados en instituciones o principios morales (vergüenza, culpa, orgullo, compasión, indignación, etc.).

La tipología propuesta por Jasper, al constituir un sistema de clasificación, aporta un principio de dilucidación de lo emotivo, que suele presentarse de manera imbricada e ininteligible tanto a los sujetos como a los analistas. Sin embargo, en la propuesta del autor observo la carencia de una definición científica de emoción y de sentimiento, con vistas a construir un concepto operativo que posibilite aprehenderlos y recortarlos de la realidad empírica. Como analistas quedamos condicionados a captarlas cuando los sujetos sociales expresan sus sentires o recurrir a nuestra asociación y/o homologación entre las definiciones disponibles en diccionarios o el sentido común y sus prácticas sociales cuando no son verbalizadas²¹. A diferencias de otras fuentes de la acción social, como interés, moral y la tradición, entiendo que lo emotivo conlleva menos precisión en su definición/delimitación.

En su propuesta de operacionalizar el análisis de lo emotivo, Jasper sugiere que un enfoque centrado en las *interacciones* entre individuos, por medio de evidenciar la faceta psicosociológica, aporta a evidenciar el papel que juegan el estado de ánimo, las emociones automáticas, lealtades afectivas, compromisos morales, la heurística de toma de decisiones, la formación de identidad, memorias, sentimientos de eficacia y control, satanizaciones, etc. En términos analíticos, las interacciones son diferentes a las *redes de relaciones*, pues las primeras son acciones que operan

²¹ La Real Academia Española ofrece tres definiciones de la categoría sentimiento 1. m. Acción y efecto de sentir o sentirse, 2.m.Estado afectivo del ánimo producido por causas que lo impresionan vivamente; y 3.m. Estado del ánimo afligido por un suceso triste o doloroso, y dos para emoción: 1. f. Alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática y 2. f. Interés expectante con que se participa en algo que está ocurriendo (www.rae.es 25/08/2015).

sobre las segundas, condicionadas por los marcos que éstas imponen y a su vez, cargadas con la intencionalidad de los actores.

Diferentes autores/as han evidenciado el papel de las emociones en la emergencia y dinámica de los movimientos sociales, tanto como medios para movilizar adherentes, como fines. Los/as teóricos/as *queer* como quienes se abocan al estudio de movimientos étnicos evidenciaron los intentos por transformar la vergüenza en orgullo. Gamson plantea que los movimientos por grupos estigmatizados enfrentan un dilema estratégico: por un lado, intentan suprimir los estereotipos sobre el grupo, pero, por otro, suelen utilizar esas mismas identidades para movilizar a sus seguidores. Así, en algún punto luchan para socavar sus propias fuentes (Gamson, 1995). Jasper propone que si el orgullo por el grupo propio es un objetivo central, otro es la deshonra y/o la venganza a sus propios enemigos (2012: 51). Los conflictos religiosos, étnicos y raciales, especialmente los que están operando en los diferentes países del globo (EE.UU., Palestina, etc.) son elocuentes del papel que juegan este tipo de emociones en las prácticas políticas. Emociones que inciden en la producción de vínculos pueden reforzar la pertenencia e involucramiento de individuos en colectivos o erosionarlos cuando éstos están volcados hacia personas externas al grupo y entren en contradicción y/o competencia. Las rutinas de protestas deben ofrecer satisfacciones sobre la marcha para garantizar la permanencia de sus miembros, especialmente considerando cuan distantes son los objetivos de muchos movimientos. En la comprensión de las identidades colectivas algunos autores han identificado al amor al grupo y el odio a los de afuera como elementos intervinientes en el reconocimiento y auto-adscripción a colectivos sociales.

En función de lo expuesto, Jasper observa que las emociones son parte de un flujo de acción e interacción, no la simple motivación previa para involucrarse o el resultado final. De hecho, las emociones interactúan constantemente entre sí y también se encadenan de manera secuencial, lo que plantea desafíos a la investigación. Jasper a partir de revisar diferentes trabajos sobre el tema observó cierta regularidad en algunos patrones, pues diferentes interacciones pueden producir energía emocional y esa energía puede traducirse en confianza que favorece el compromiso estratégico. Esta proposición podría ser la piedra fundamental de una teoría sobre la emotividad de las prácticas políticas pues parecería que las emociones reflejas a medida que se transforman en estados de ánimo, podrían posteriormente traducirse en lealtades afectivas, y ocasionalmente en emociones morales (Jasper, 2013: 55). Así, se aportaría a comprender parte de las motivaciones en la predisposición e involucramiento a participar de diferentes colectivos de protestas. Sin embargo, más que ser una teoría consumada la propuesta del autor constituye una agenda y algunas pistas de estudios sobre la temática.

4. APORTES PARA PENSAR LA PRODUCCIÓN DE LO ESTATAL Y LO NO ESTATAL EN SU INTERDEPENDENCIA

Revisitadas las tradiciones analíticas sobre estatalidades y movimientos sociales, disponemos de nuevos elementos para reflexionar sobre los aportes que las nuevas rupturas y giros analíticos ofrecen a la comprensión de estos complejos fenómenos. En la actualidad, cada vez con más frecuencia los/as referentes de estas temáticas nos convocan a realizar tres desplazamientos conceptuales y analíticos:

- i. Evitar reificar lo estatal y a los movimientos sociales, para pasar a analizar su configuración en: i) las interrelaciones que operan entre las estructuras institucionales y las prácticas y representaciones sociales y ii) las interpenetraciones que operan entre lo que los actores definen como propio de cada ámbito y lo que le es externo.

- ii. Evitar interpretar las prácticas estatales - políticas públicas- y las desplegadas por los miembros de movimientos sociales como sistemas coherentes, formuladas por decisores políticos e implementadas por/sobre destinatarios pasivos, para analizar su configuración en términos procesuales a partir de las interacciones y lógicas diversas implementadas por los diferentes sujetos sociales, en un campo de fuerzas.
- iii. Evitar cosificar el poder en las estructuras estatales o en los dirigentes de los movimientos sociales, para pasar a analizarlo como flujo dinámico que opera en las interacciones sociales.

Estos tres desplazamientos teórico-metodológicos nos convocan a comprender los fenómenos analizados en su dinámica y como producto de la interacción entre actores que operan desde diferentes posiciones de poder, ámbitos institucionales y escalas analíticas.

Otro aspecto sobre el que la perspectiva interpretativa echa luz es sobre la naturaleza procesual y dinámica de las estatalidades y de las organizaciones sociales, producto del rehacerse cotidiano que resulta de las interacciones sociales. Reconocer que cada uno de esos fenómenos son producto de las acciones e interacciones de agentes que operan desde diferentes ámbitos sociales posibilita poner en evidencia las capacidades de re-significación que existen en los espacios locales sobre los procesos que ocurren a escala global.

En lo que respecta a las estatalidades, se propone pensar que en las agencias estatales se cristalizan de manera dispar ideologías y, que en consecuencia, las políticas públicas responden a dispositivos de clasificación, ordenamiento y control de la población. Se reconoce e incorpora el campo de fuerza en los que opera la producción de prácticas e instituciones estatales y el ejercicio de poder (o dominación) y de resistencia que operan en esos procesos. Una perspectiva de este tipo contribuye a pensar lo estatal en su diversidad, permeado por diferentes agentes y grupos sociales que ocupan diferentes posiciones institucionales, con vistas a movilizar las fuentes de poder que se gestan en esos ámbitos en función de sus intereses y visiones de mundo. Esto contribuye a pensar las estatalidades como espacios abiertos, en continua formación y permeados por diferentes visiones e intereses que inyectan heterogeneidad y contradicciones, pero que a vez se ordenan y jerarquizan dentro de los complejos estatales.

De hecho, los complejos estatales se diferencian y jerarquizan en sectores de políticas (ministerios, poderes públicos, etc.), que albergan agencias específicas. Cada sector tiende a congregarse determinados perfiles de profesionales que en función de su formación y vocaciones profesionales comparten ciertos principios sobre marcos conceptuales, prioridades temáticas, lógicas de acción y formas de concebir la sociedad y sus problemas. El perfil profesional, así como su área de acción, es uno de los factores que influyen en la sensibilidad de las personas ante las diferentes problemáticas, así como la forma en que definen y comprenden los problemas sociales y su identificación con otros grupos sociales. Esto posibilita comprender ciertas identificaciones que operan entre agentes estatales y miembros de los movimientos sociales y que pueden cristalizarse en alianzas y/o incluso la predisposición de algunas agencias estatales a incorporar como empleados y/o funcionarios referentes de movimientos sociales. Pensar las prácticas estatales en el marco de *redes de interacción* de sujetos que sobrepasan los “límites” de las estatalidades y articulan diferentes ámbitos sociales e institucionales es un abordaje analítico que sitúa y restituye la producción de lo estatal en el seno de la sociedad. Por su parte, la noción de *margen del estado*, puede ayudarnos a pensar estos espacios como ámbitos en los que las lógicas no estatales, en este caso la de los movimientos sociales, permean las prácticas estatales y viceversa.

Ciertamente desde las estatalidades, en particular a través de las categorías de percepción y pensamiento contenidas en las políticas públicas, se puede intervenir —*gubernamentalización*— modelando las formas como los sujetos subalternos se piensan a sí mismos, perciben sus problemas y soluciones y las lógicas organizativas que asumen. Pero también, los miembros de

los movimientos sociales pueden intervenir en la producción de las formaciones estatales y de las políticas públicas a través de acciones colectivas -prácticas políticas de protesta, reivindicativas y/o de resistencia- e individuales, es decir, permeando con sus lógicas y representaciones las prácticas estatales al entrar en interacción con las estatalidades. La perspectiva interpretativa nos permite poner en valor el impacto de los sujetos subalternos en la producción de las formaciones estatales.

La multidimensional de la acción social, en particular la incidencia de lo emotivo, ha sido tematizada para el caso de los movimientos sociales, pero ello no significa que ese enfoque sea extensivo para pensar el accionar de los agentes que operan desde el ámbito estatal – prácticas estatales. Los nuevos aportes para comprender la acción social, más que una teoría consumada, configuran una nueva agenda. Superar el sesgo de sobreestimar lo ideológico y lo estratégico en las prácticas políticas continúa siendo un desafío para los científicos sociales.

Estos nuevos giros analíticos evidencian la dificultad de pensar al neoliberalismo como proceso uniforme y coherente que se desarrolla en un único sentido y en forma lineal. Supone realizar un esfuerzo intelectual por diferenciar lo que dice la doctrina neoliberal (lo que se debe hacer), de su expresión real en nuestras sociedades (lo que resulta del campo de luchas sobre el cual se trata de imponer). En el plano empírico, las políticas neoliberales no están únicamente en relación directa con la doctrina neoliberal, sino también con el campo de lucha social en el que son producidas. Así, un análisis comparativo entre políticas públicas debería contemplar no sólo su versión escrita, sino también los escenarios donde tratan de ser impuestas y resistidas, y acaban por ser resignificadas. Desfetichizar lo estatal nos posibilita pensar las prácticas estatales como una arena en la que intervienen, de manera planificada o no, diversos agentes que con diferente capacidad influyen en la forma que adquieren esas políticas. Fundamentalmente, este enfoque aporta a superar “concepciones conspirativas del Estado”, para pasar a pensarlo como resultado de las interacciones y disputas sociales.

Por último, abordar el análisis de las prácticas estatales a partir de las representaciones y lógicas de acción de los sujetos sociales es otro camino para comprender los procesos de producción y ejercicio de la ciudadanía. Al situar el foco analítico en las vivencias y sentidos que le otorgan los sujetos sociales a sus derechos y la forma en que éstos se institucionalizan aporta a la comprensión del proceso de construcción y objetivación de la ciudadanía en cada sociedad. Es una opción analítica que en vez de partir de una definición *a priori* y universal (o normativa) de la ciudadanía, sitúa su comprensión en los procesos de disputa y construcción que emergen en cada país, conforme las configuraciones societarias, étnicas y culturales que existen en los mismos.

BILIOGRAFÍA

Abélès, Marc. 1997. La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos. Revista Internacional de Ciencias Sociales. n° 153. <http://www.unesco.org/issj/rics153/titlepage153.html>.

Abrams, Philip, 1988. Notes on the difficulty of studying the State. Journal of Historical Sociology, v. 1, n°1:58-89.

Alexander, Jeffrey. 1998. Acao coletiva, cultura e sociedade civil. Secularizacao, atualizacao, invesao, revisao e deslocamento do modelo clássico dos movimentos sociais. Revista Brasileira de Ciencias Sociais, v. 13, n° 37.

Althusser, Louis. 1996. Ideologia e aparelhos ideológicos de Estado. Notas para uma investigacao. En: Zizek. (org.). Um mapa da ideologia. Rio de Janeiro: Contraponto. p. 105-142.

Balbi, Fernando y Boivin, Mauricio. 2008. La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. Cuadernos de Antropología, UBA, n°27: 7-17.

- Balbi, Fernando y Rosato, Ana. 2003. Introducción. En: Balbi y Rosato (comp.) En: Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social. Buenos Aires: Antropofagia, p. 11-30.
- Bobbio, Norberto. 1998. Dicionário de Política. Brasília: Universidad de Brasilia.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. 2005. Interés, habitus y racionalidad. En: Una invitación a la sociología reflexiva. Siglo XXI. p.173-204.
- Bourdieu, Pierre. 1993. Esprits d'Etat. Actes de la recherche en Sciences Sociales. Vol. 96-97:49-62.
- Chandhoke, Nera. 2010. Civil Society. En: Cornwall, Andrea y Erade, Deborah. Deconstructing development discourse. Buzzwords and Fuzzwords. p. 175-184.
- Corrigan, Philip y Sayer, Derek. 1985. The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution. London: Basil Blackwell.
- Das, Veena y Poole, Deborah. 2008. El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. Cuadernos de Antropología Social, n° 27:19-52.
- Durkheim, Emile. 2000. Lecciones de Sociología. Ediciones ELAlef.
- Engels, Fredrik. 2006. El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Eriksen, Thomas y Nielsen, Finn. 2001. A history of Anthropology. London, Pluto Press.
- Foucault, Michael. 2006. Seguridad, territorio y población. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica.
- Goodwin, Jeff; Jasper, James y Polletta, Fancesca. 2000. The return of the repressed: the fall and rise of emotions in social movement theory. Mobilization: An International Journal. 5 (1):65-83.
- Goodwin, Jeff; Jasper, James y Polletta, Francesca. 2000. The return of the repressed: the fall and rise of emotions in social movement theory. Mobilization: An international Journal. 5(1):65-83.
- Gramsci, Antonio. 2006. State and Civil Society. En: Sharma y Gupta. The Anthropology of the State. A reader. UK: Blackwell Publishing. P. 71-85.
- Gruppi, Luciano. 1980. Tudo Comencou com Maquiavel. As concepções de Estado em Marx, Engels, Lênin e Gramsci. Porto Alegre: L&PM Editores.
- Guber, Rosana. 2001. La etnografía. Método, campo y reflexividad. Buenos Aires: Norma.
- Jasper, James. 2012. ¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas. Sociológica. V. 27, n. 75, p. 7-48.
- Jasper, James. 2012. Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad. V. 4, n. 10. P. 46-66.
- Jeffrey Alexander. 2008. Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Barcelona: Editorial GEDISA.
- Joseph, Gilbert y Nugent, Daniel. 2002. Cultura popular y formación del estado en el México revolucionario. En: Joseph y Nugent (comp.) Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno. México: Nueva Era. p. 31-52.
- Kushnir, Karina. 2005. Antropolgia da política: uma perspectiva brasileira. Working Paper CBS-64-05. Centre for Brazilian Studies, University of Oxford.
- Lenin, Vladimir. 1919. El Estado y la Revolución.
- Marx, Karl y Engels, Fedrik. 1974. La ideología alemana. Barcelona:Grijalbo.
- Marx, Karl. 2001. El Capital: crítica de la economía política. Tomo I. México: FCE.
- Mauss, Marcel. 1974. Ensaio sobre o dom. En. Mauss. Sociologia e Antropologia. Sao Paulo: Editora Pedagógica y Universitária Ltda. y Editora da Universidade de Sao Paulo.

- Mc Carthy y Zald, Mayer. 1977. Resource Mobilization and Social Movements: a partial theory. *The American Journal of Sociology*. v. 82, n° 6: 1212-1241.
- McAdam, Doug, Tarrow, Sidney y Tilly, Charles. 2005. *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Melucci, Alberto. 1985. The symbolic challenge of contemporary movements. *Social Research*, v. 52, n° 4:789-816.
- Melucci, Alberto. 2001. *A invenção do presente. Movimentos sociais nas sociedades complexas*. Petrópolis. RJ: Editora Vozes.
- Miliband, Ralph. 1969. *The State in Capitalist Society*. London: Weidenfeld and Nicolson.
- Mudanó, Adela. 2013. Perspectivas antropológicas y etnográficas de las políticas públicas. *Revista de Antropología Social*, v. 22:9-23.
- Muller, Pierre. 2000. *Las políticas públicas*. Bogota: Universidad del Externado de Colombia.
- Neves, Delma Pessanha. 2008. *Desenvolvimento social e mediadores políticos*. Porto Alegre:UFRGS.
- Olson, Mancur. 1965. *The logics of collective action*. Cambridge: Harvard University Press.
- Palmeira, Moacir e Heredia, Beatriz. Política ambígua. En: Birman, Patrícia; Novaes, Regina e Crespo, Samira, *O mal à brasileira*. Rio de Janeiro: Editora UERJ. 1997. p. 159-184.
- Polletta, Francesca y Jasper, James. 2001. Collective Identity and Social Movements. *Review of Sociology*. v. 27:283-305.
- Poulantzas, Nicos. 2007. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- Red Contested Cities. 2012. International Research Staff Exchange Scheme, People, Marie Curie. UE.FP7-PEOPLE-PIRSES-GA-2012-318944.
- Scott, James. 1998. *Seeing like a State. How certain schemes to improve the human condition have failed*. Yale: Yale Univ.
- Sharma, Aradhana y Gupta, Akhil. 2006. Introduction: Rethinking theories of the State in an Age of Globalization. En: Sharma y Gupta (org.). *The Anthropology of the State. A reader*. UK: Blackwell Publishing. p. 1-42.
- Sherry Ortner 2006. *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject*. Duke University Press.
- Shore, Cris y Susan, Wright. 1997. Policy. A new field of anthropology. En: Shore y Wright. *Anthropology of policy. Critical perspectives on governance and power*. London. Routledge. p. 3-33.
- Shore, Cris. 2010. *La Antropología y el Estudio de la Política Pública: Reflexiones sobre la Formulación de las políticas*. Antípoda, n° 10: 21-49.
- Tarrow, Sydey. 1997. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid:Alianza Editorial.
- Tilly, Charles. 1985. Models and realities of popular collective action. *Social Research*, v. 52, n.º4:717-747.
- Touraine, Alain. 1984. The waning sociological image of social life. *International Journal of Comparative Sociology*, 25, 1-2:33-44.
- Touraine, Alain. 1985. An introduction to the study of social movements. *Social Research*, v. 52, n° 4:749-787.
- Touraine, Alain. 1992. Beyond social movements. *Theory, Cultures and Society*. 9:125-145.
- Touraine, Alain. *Crítica da Modernidade*. Petrópolis. Rio de Janeiro. Editora Vozes. 1994.
- Touraine, Alain. *Poderemos viver juntos? Iguais e diferentes. Os movimentos sociais*. Petrópolis. Rio de Janeiro. Editora Vozes. 1998.

Trouillot, Jean Claude. 2001. The anthropology of the state in the age of Globalization: close encounters of deceptive kind. *Current Anthropology*, v. 42, n° 1: 125-138.

Weber, Max. 2000. ¿Qué es la Burocracia? Ediciones ElAleph.

Weber, Max. 2005. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: FCE.

Wolf, Eric. (1956). Aspect of group relations in a complex society: Mexico. *American Anthropologist*, 58 (6):1065-1078.

Yanow, Dvora. s/año. Making sense of policy practices: Interpretation and meaning. *Communication Studies Department. Wageningen University* (mimeo).
http://www.academia.edu/1878750/Making_sense_of_policy_practices_Interpretation_and_meaning
(acceso 3 de julio de 2014).

Nussbaum, MC. 2001. *Upheavals of thought*. New York: Cambridge MA:Harvard Univ. Press.

Gamson, J. 1995. Must identity movements self-destruct? A queer dilemma. *Soc. Probl.* 42:390-407.